

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ABRIL 17 DE 1898.

NUMERO 16.



Flor de Primavera.

POR VILLASANA

LA SEMANA

RESUMEN—Otro monarca destronado—El rey de las selvas en ridículo.—Superioridad intelectual, moral y social del toro.—Nueva faz del feminismo.—El derecho á la fealdad.—La belleza; destruida del mundo.—Lado bueno de la campaña.—La civilización afemina.—Debilidad física y moral del hombre civiliza o.—El suicidio y las enfermedades morales.

El acontecimiento más culminante de la Semana, en el orden interior, ha sido el ridículo completo en que cayó en la Indianilla el rey de los animales, dejándose vencer, por partida doble, por uno de sus humildes súbditos. El caso no es nuevo y viene repitiéndose hace ya tiempo. La verdad de los hechos es que no puede darse reputación más usurpada que la del león. Tiene *coram vobis*, es verdad, una melena hirsuta, fisonomía magestuosa, mirada dominadora, rugido imponente, azota con majestad sus flancos con la borla de la cola, muestra con cierta indiferente fatuidad su colmillo aguzado, el filo y la curvatura de sus garras; pero en el fondo es no más que un *hazañero*, un *alevo*so y un fanfarrón. Los poetas le han creado una fama que está lejos de merecer y con sus aires de D. Magnífico Pavon y de mata-siete, da idea de esos académicos, de esos hombres políticos y de esos *mata-moros* que deben su reputación á su suficiencia, á su ventripotencia, á su voz campanuda, á su barba en cascada y que, *calados*, resultan vanos, vacíos é incapaces.

El león es inexorable con el débil y sumiso y cauteloso con el fuerte; ataca, si puede, á traición y se vuelve abstencionista cara á cara y con un adversario poderoso; ruge, rasca la tierra, colea, hecha bravatas y trata de intimidar antes del combate; pero llegado el trance supremo, si no puede *casar su partido* se retira con todos los honores de la guerra.

El toro debería ser el rey de los animales; arrogante, escultural, ágil, impetuoso y poderoso, lleva orgulloso la diadema de la soberanía, y tal parece que la Naturaleza armándolo en la frente quiso pener la fuerza en el sitio mismo de la inteligencia. Como todo ser verdaderamente valiente, es generoso; caído el adversario, le vuelve la espalda con olímpico desprecio y no se ensaña en él; para escapar de un toro, lo mejor es fingirse muerto. Es, además, cándido, bobalicon, de buena fé; se le engaña con cualquier cosa, se le burla con una flámula, se le esquiva con un pañuelo. Su resistencia en el combate y su testarudez en la lucha, no reconocen otro límite que la muerte. No acomete sino cuando está solo y se ve provocado y acosado; he visto no sé en donde una fotografía que representa una niña recostada en la cabeza de un toro, con los brazos descansando en las astas; ese toro era de lidia y dió un *juego* soberbio en la plaza.

Además ¿qué sería de la humanidad sin el toro! Es él quien ofrece á nuestro apetito el jugo suculento de sus filetes y la fibra nutritiva de sus roastbeefs; con sus cuernos se fabrican miles de artefactos; su piel nos calza, de sus huesos se extrae el luminoso fósforo, el carbón animal que purifica, los fosfatos que regeneran la tierra. Elevado á la categoría de buey, ofrece su cervíz al yugo y tira del arado que fecunda los campos; ha redimido al hombre del salvajismo de la vida



Mr. William Mc. Kinley

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE

nómade y haciéndolo pastor primero, y agricultor después, ha fundado la civilización.

Con razón Júpiter para robar á Europa se disfrazó de toro, y con justicia en Egipto se le divinizó y se le tributó culto.

El triunfo brillante alcanzado en la Indianilla, no es más que una revancha que le debía el destino. Al falso rey destronado no le queda más que el *qui' il mourit* del trágico francés y avergonzado, humillado y abatido, morir de dolor y de afrenta en su jaula. No debía sobrevivir á la ruina de su gloria y á la evaporación de su prestigio y de sus ilusiones.

**

Señoritas: tengo la honra de poner en vuestro conocimiento que estais en visperas de conquistar un nuevo derecho: el de ser feas. Queríais el derecho al voto, á la ingerencia en el manejo de la cosa pública, á la libertad del trabajo, á la igualdad civil con el hombre; pues os quedareis sin todo eso y sin mucho más, pero en cambio se os ofrece el derecho á la fealdad, que vale por todos. El derecho en cuestión no es nuevo y forzoso, si bien triste es confesar que una mayoría respetable del sexo bello lo ejerce y á veces con abusiva amplitud; hay mujeres tan feas, en efecto, que parecen serlo por vocación, por deber, por voto irrevocable, que se *tiran* á la fealdad como los hombres al vicio y que dejarían primero de ser mujeres que de ser feas. Pero tal parece que se trata de generalizar el principio, de instituir una fealdad gratuita y obligatoria, como la enseñanza; de desligaros de todos vuestros deberes estéticos y de emanciparos de la tiranía de la gracia, de la proporción y de la armonía.

La promotora de este interesante movimiento social, en un *meeting* feminista decía. «¿Por qué se nos obliga á ser bellas? ¿Por qué se nos fuerza

á aterciopelar nuestra piel con el polvo de arroz; á dar, con opiata de Kananga, rojo á nuestros labios; con carmín, sonrosado á nuestras mejillas; con humo de ocote, sombra á nuestros párpados? ¿Por qué oprimir, á la usanza china, nuestro pié para hacerlo breve y combado? ¿Por qué emparedarnos en el corsé, so pretexto de talle de avispa y de cadera andaluza? ¿Tiene sentido común el hacernos cargar media tonelada de crepé para fingirnos cabelleras opulentas, rizos de oro, trenzas como cables?

Y la conclusión era fatal y de una lógica irrefutable: «Somos víctimas de un oprobioso despotismo y de una omínosa tiranía; se nos exige la belleza y se nos impone torturando nuestras carnes, bruñendo y tiñendo nuestra piel, acolchando los vacíos y comprimiendo las protuberancias. Vivimos emballenadas, engomadas, pintadas como muñecas; y el hombre, para tener bellezas que admirar, procede como los chinos que encierran á los recién nacidos en jarrones caprichosos, los dejan crecer y los hacen engordar en ellos para tener garrafonos y pichelos humanos con que adornar los salones de los mandarines; y nos condena á la incomodidad, á la enfermedad y á la muerte, para saciar caprichos y satisfacer extravagancias.»

Y lo peor es que hay muy poco que replicar á eso y que es innegable la realidad de los hechos que se denuncian. Si la doctrina del derecho á la fealdad no tiene otra aplicación ni otra trascendencia, debe reputársela filantrópica y benefactora de la mujer. Darla la libertad

de calzar hoigado, de no vestir ceñido, de peinar corto, de tener la piel limpia; dejarla, así, más tiempo que consagrar al hogar y á la maternidad; impedir los envenenamientos lentos que ocasiona el afeite y las deformaciones orgánicas que produce el traje de presión; hacerla más vigorosa, más sana y más fecunda, son fines laudables, aspiraciones y tendencias razonables.

Pero lejos de ser ésta una de las primeras conquistas del feminismo me parece que será más bien su cima y su coronamiento. Hablando en su mismo lenguaje, diremos á la propagandista del nuevo evangelio: La mujer no tendrá derecho á ser fea hasta que disfrute de todas las prerrogativas de que el hombre goza. La belleza, real ó artificial, es la única arma, y la más poderosa, de combate por la vida que el hombre ha dejado esgrimir á la mujer. Mientras la mujer no pueda trabajar y luchar en igualdad de condiciones que el hombre, tiene que vivir á sus expensas y para ello que seducirlo y atraerlo ¿con la virtud? no basta: ¿con el talento y el saber? no se dán á la mujer elementos suficientes para adquirirlos: ¿con el amor? tampoco; el hombre no ama porque lo aman como suele suceder á la mujer, sino porque lo atraen, lo seducen, lo ciegan; y la belleza es el principal, si no el único medio de atraerlo, de seducirlo y de cegar lo.

Renunciar la mujer á la belleza y á los artificios que la simulan ó la acrecientan, á tanto equivale como á renunciar David á su honda ó Judith á su espada.

El movimiento amenaza, pues, fracasar, con gran desconsuelo de la mayoría de feas y contentamiento de la minoría de hermosas.

A medida que la humanidad se perfecciona la organización humana se hace más frágil, ménos resistente, más quebradiza, semejante á esos re-

lojes de repetición, con calendario, fases de la luna, campanario, caja de música y teatro de autómatas, que se paran con el frío, se adelantan con el calor, se atrasan con la luz y que no pueden marchar ni funcionar dos horas seguidas.

Los italianos en Abisinia, los franceses en el Tonkin, los ingleses en Suakin y Berber, han combatido con armas modernas, de largo alcance y pequeño calibre cuyos proyectiles, grandes apenas como perdigones, pulverizan si lo tocan á un hombre civilizado. Con aquel poderoso armamento se lanzan á la conquista de tierras nuevas y á la sumisión de pueblos primitivos, y oh sorpresa! aquellos salvajes llegaban á las trincheras de los Europeos clareados de parte á parte, hechos criba con los perdigones de Mauser ó de Lebel pero tan vivos, tan sanos y tan vigorosos como si los hubieran apedreado con *confetti*.

Para matar á un salvaje se necesitan, como para cazar rinocerontes, balas explosivas, bombas de aplaca, sables gigantes. Semejantes á los lagartos, si se les tira un brazo ó se les arranca una pierna les retoñan á los ocho días, y partidos en dos, suele cada mitad continuar por su propia cuenta el combate y en vez de un enemigo hay que luchar con dos.

La medida de nuestra civilización la da la fragilidad de nuestra existencia, y una población en la que en una semana muere un hombre de un pescozón, otro asesinado con un lápiz y otro más por el esfuerzo de un estornudo, debe ser y así hay que proclamarlo, un centro de cultura y un ejemplo de alta y refinada civilización.

* *

No menos frágiles que el físico se revelan el intelecto y el corazón de los hombres civilizados. Los salvajes viven en un terror crónico; envueltos en las tenebrosas nebulosidades de la leyenda, para ellos el bosque está poblado de fantasmas y la caverna de monstruos; los muertos salen á cada paso de sus tumbas, los visitan, los amenazan, los maltratan. La vida real es una perpétua emoción, una continua emboscada, un sobresalto no interrumpido; en medio de un festín pastoril de caníbales se desprende como una avalancha la tribu enemiga, lanzando flechas y piedras, blandiendo azagayas y sembrando la desolación y la muerte. Todas las pasiones, todas las emociones, todos los sacudimientos morales bailan una zarabanda infernal; se suceden en brusco contraste la alegría loca y la iracundia ciega, el entusiasmo bélico y el terror pánico, la orgía desenfrenada y la fiebre lenta y plagada de pesadillas; y en medio de este tumulto y de esta agitación, de tantas explosiones emocionales y de tantos desenfrenos de la pasión, el espíritu obtuso, pero sólido del salvaje permanece intacto, completo, en pié, como la roca inmutable en medio de la tempestad.

Pero que un día un aliado nos venda ó una mujer nos engañe, que una bancarrota destrozé nuestro fortuna; que un bromista nos espere tras una puerta y nos haga el gato, y la emoción es tan intensa, la sacudida tan brusca, la vibración tan poderosa, que nuestro débil intelecto se descompone como un reloj dentro de un puchero hirviente y perdemos el quicio, el tino y la razón.

Han bastado una tanda de ejercicios, media docena de sermones apocalípticos, unos momentos de oscuridad y tres ó cuatro buenos disciplina-



Exmo. Sr. Don Praxedes Mateo Sagasta

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE ESPAÑA

zos, para que dos fervientes pierdan el seso en provincia y para que de la casa de Dios pasen á la casa de locos.

Y es que somos de popote, de cera blanda y de alfajor de Puebla; que con la civilización hemos perdido toda resistencia al dolor y toda energía física y moral; y que el hombre moderno, todo inteligencia, podría tener por símbolo un copo de espuma sobre el cual ardiera un faro.

* *

Una de las manifestaciones de esa debilidad moral, de ese enervamiento de la voluntad, de esa impotencia para luchar contra el destino, es el suicidio. Cuando el hombre se reconoce impotente para emprender, incapaz de perseverar, falto de fuerzas para rehacerse una segunda existencia cuando otra ha naufragado en el vicio, en el desencanto, en la adversidad, deserta del combate, huye de la lucha y se refugia en la muerte como en un inviolable y eterno retiro.

Tal parece ser el caso del último suicida de la prisión de Belem. Joven, hermoso, inteligente, bien nacido y bien educado, no sabe, no puede, no quiere resistir á las tentaciones del vicio y á las sugerencias del crimen; el placer lo embriaga, la mujer lo seduce, la orgía lo electriza; tal vez lucha, resiste, se subleva; quiere á ratos, acaso, regenerarse, abandonar la extraviada senda, encontrar su camino de Damasco; en vano... el vicio y el placer se han apoderado de él como el pulpo se apodera del naufrago, lo envuelven en sus múltiples antenas, le absorben toda su energía por sus innumerables chupadores. Aquel hombre, enajenado su libertad y su albedrío, es ya un esclavo, una cosa, un resto de naufrago flotando al capricho del oleaje y rodando á merced de la corriente.

Un día, en el camino del vicio, encuentra al crimen; delinque y se hace juzgar y condenar. Secuestrado al ruido de la orgía, á solas consigo mismo, con sus remordimientos y con su desesperación, pide á la morfina el olvido, la modorra, la somnolencia que da tregua al desaliento, al dolor y ¡oh! ironía, en el fondo del abismo en que ha caído, viene á sonreírle la fortuna y una herencia que se dice cuantiosa llega á ofrecer sus ilusiones y sus promesas de placer á ese desencantado.

Es en vano: hace ya tiempo tiene su plan formado y su resolución es irrevocable. Reconociéndose incapaz de regeneración, de trabajo, de virtud; condenado por su organización moral desequilibrada al vicio y al crimen, resuelve darse la muerte y se suprime de entre los vivos como cae espontáneamente el miembro gangrenado.

Son temibles, dolorosísimas, crueles esas enfermedades morales, que dejando en el hombre entera la conciencia é intacta la responsabilidad, lo impelen, lo arastran, lo precipitan al mal sin que haya energía interna ni potencia externa que pueda subyugarlas. Ante tales enfermos, resucita en el espíritu el concepto de la fatalidad trágica, que arroja á Edipo rey á la miseria y al abandono, que hace de Hamlet un asesino y que lleva á Oteló á estrangular en su lecho nupcial á la pura é inocente Desdémona.

LOPEZ I.

Alegar los defectos ajenos para justificar los propios, es como pretender lavarse con lodo.

CHARLES

Política General.

RESUMEN.—ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS.—ESPERANZAS DE PAZ.—EL RETO PRESIDENCIAL.—TREGUA POSIBLE AL ROMPIMIENTO.—LA TREGUA PUEDE CONJURAR LA GUERRA.

En las ocasiones solemnes, como la presente, cuando dos países amigos se encuentran en el inminente peligro de lanzarse el uno sobre el otro en contienda armada, cuando puede la sangre correr, el incendio alumbrarse y el bombardeo ejercer su siniestra función destructora, palpitan los sentimientos á la vez que la razón discurre, confunden la pasión y la lógica sus sugerencias y no se sabe á ciencia cierta, á ratos, si es el buen deseo el que sugiere soluciones ó si es el análisis frío y desapasionado el que las impone.

Tal puede ser nuestro caso cuando compulsamos las probabilidades de paz ó guerra entre España y los Estados Unidos, cuestión palpitante que absorbe todas las otras, crisis inminente que se sobrepone á todas las crisis, y conflicto gravísimo ante el cual palidecen, se esfuman y se borran todos los que en el resto del mundo dividen hoy á los pueblos.

Que la guerra es inminente, que autoridades competentes la juzgan inevitable, que de un día para otro puede abrirse la Caja de Pandora y sembrar ruina y desolación en las Antillas y el Golfo mexicano, es la opinión dominante y la que tiende á prevalecer en los espíritus más serenos y más reflexivos. El mensaje de McKinley ha sido considerado como un botafuego; el Congreso Americano ha hecho incapié en él para hacer desbordar sus impacencias; en España, como es natural, ha producido en las masas profundo

descontento y solo falta, al parecer, la fórmula oficial de una declaración, para que las escuadras se movilicen y salgan armadas de punta en blanco al encuentro la una de la otra.

Y sin embargo, todavía nosotros abrigamos una esperanza, todavía creemos posible un arreglo pacífico, no juzgamos enteramente fatal la guerra; y sea que nuestro razonamiento nos imponga esa optimista conclusión, sea que nuestros anhelos de una paz honrosa nos la sugieran, creemos deber nuestro indicar qué paloma trae á nuestra arca esa rama de olivo y cómo hemos llegado á incubar esa esperanza.

* *

Si el presidente McKinley quiere la guerra, nos parece evidente que, ahora por lo menos, no la quiere inmediata y acaso ha preferido siempre verla aplazada. Tienden á probarlo el texto mismo de su mensaje y las condiciones de su presentación á las Cámaras americanas. Todo cuanto humanamente fué posible hacer por aplazarlo lo hizo el Presidente americano y que, con motivo bastante ó sin él, trató de ganar tiempo, es innegable.

Cuando ya no le fué posible aplazarlo lo envió; pero entre tanto se había verificado un hecho importante: el sensato Gobierno español decretó un armisticio sin condiciones. El mensaje, escrito sobre otras impresiones y bajo la influencia de otros sucesos, llevaba al calce cláusulas, que de una manera bastante explícita instigaban al Congreso á esperar, á dar tiempo al tiempo, á juzgar de los resultados del armisticio, que de ser buenos, conjurarían por sí mismos la guerra y de no serlo, dice el Presidente Mc Kinley, *sería otra justificación de nuestra actitud futura.*

Inclinada la opinión del Presidente americano, si no á la paz, si al menos á la tregua, la excitación del Congreso puede encontrar un freno y su neurosis un calmante. Ya que el Congreso no quiso, como á nuestro juicio debió hacerlo, tomar en cuenta la formal recomendación del mensaje de fijar su exámen en el armisticio y sus posibles resultados y de esperarlos para decidir, el Presidente Mc Kinley tiene, constitucionalmente, un recurso para aplazar por unos días la solución del punto: el veto, de que puede legalmente hacer uso. El veto se justifica por no haberse tenido en cuenta la recomendación de analizar la cuestión del armisticio; pero el cable nos informa que el Presidente lo opondrá aún con motivo de otra y más importante consideración. Mc Kinley ha sido tan explícito como es posible en materia de reconocimiento de la Independencia de Cuba; cita en su mensaje precedentes y jurisprudencia nacional y concluye que no debe reconocerse. Si, pues, las Cámaras le envían resoluciones en que figure el reconocimiento de la Independencia de Cuba, el Presidente les opondrá su veto, y esta imposición supone, lo menos quince días de tregua.

Una de las Cámaras propone, no el reconocimiento, pero si el establecimiento de un gobierno independiente en Cuba. ¿Qué hará Mc Kinley si prevalece esta resolución? Difícil es preverlo; pero no es absurdo admitir que pudiera también oponerle su veto. Su sumisión á las decisiones del Congreso, no creemos sea bastante á hacerle borrar las declaraciones de su mensaje y desdecirse de ellas. La *intervención neutral*, que prefiere y recomienda, si tiene sentido asignable, es el de pacificación, pero sin favorecer decididamente ni los intereses de España ni tampoco los de los insurrectos. Consecuente con sus considerandos humanitarios, quiere la paz, solo de ella se declara partidario, solo en su favor desea intervenir y deja al tiempo y á las circunstancias decidir si ella ha de ser favorable á los intereses de España ó á los de los insurrectos.

* *

Sin extremar mucho nuestras inducciones tal nos parece que el concepto, idiológicamente extravagante, de *intervención neutral*, ha sido políticamente considerado, el medio de que el presidente americano podrá valer para ganar algunos días así como justificación de su veto. Si así fuere, habrá mostrado una temperancia y una sagacidad solo comparables á la cordura y buen sentido que le ha opuesto el gobierno español.

Ganar tiempo, en las presentes circunstancias, equivale á tanto como confiar á él el aplacamiento ó la moderación de las pasiones, obligar á propios y extraños á la reflexión y á la calma y

quién sabe! acaso á que se llegue un arreglo honroso entre españoles é insurrectos.

Tal vez Mc. Kinley no quiera más que adelantar en sus preparativos de guerra; pero puede muy bien resultar que cesen los motivos que invoca para intervenir.

Un arreglo, sobre bases financieras, entre España y los insurrectos es hoy más fácil, relativamente, que lo era hace días; el gobierno español puede intentarlo hoy, que la cordura y un rasgo de desprendimiento de la Reina Regente, y una activa propaganda de la prensa en favor de la concentración de los partidos al rededor del gobierno, han motivado de parte del pretendiente D. Carlos, una declaración espontánea en ese sentido y que, periódicos autorizados declaran que la Regente se manifiesta no solo una reina virtuosa y buena, sino una reina verdaderamente española. Máximo Gómez, por su parte, parece menos recalcitrante que antes á ese respecto.

Todo este edificio de bien intencionadas deducciones vendrá por tierra, si, como lo afirma un colega, el armisticio decretado solo durará cinco días, plazo del todo insuficiente para que surja un incidente favorable á la paz y más aún para ultimar un arreglo con los insurrectos. Pero en vano hemos buscado en las noticias del cable y en las discusiones de la Cámara Americana, que hubieran indudablemente aludido al hecho, algo que nos permita aceptar y nos obligue á tener en cuenta esa versión.

Por lo pronto, pues, y deseando se realicen nuestros pronósticos, aun conservamos esperanza de que la guerra se aplace y caso de aplazarse, de que quede conjurada.

X. X. X.

Abril 15 de 1898.

Las Escuelas industriales y mercantiles

Con motivo del largo período de paz que ha reinado en todas las naciones importantes, y que ahora está en tan grave peligro de perturbarse, la energía que antes se gastaba en luchas sangrientas y en combates destructores, se dedica al fomento de la industria, de las artes y el comercio, dando prueba de la influencia que la civilización ejerce en el ánimo de los hombres.

El sostén y el empleo de las masas, la inversión productiva del dinero y las necesidades económicas de las naciones, son y serán siempre los factores más potentes de la cimentación y la prosperidad de los pueblos. El comercio es más potente que el amor á la guerra y el pan cotidiano una necesidad más imperiosa que el capricho del Dios Marte. Por eso es que hoy los hombres más previsores y los más esclarecidos talentos se esfuerzan por establecer el principio de que las disputas internacionales, lo mismo que las individuales, se deben ajustar con la pluma y la palabra y no con el cañón y la espada y al mismo tiempo aconsejan que se establezcan escuelas para enseñar á los jóvenes no solamente cuáles son sus derechos y deberes como hombres y como ciudadanos, sino que también para que cultiven el amor á las artes y á la industria y adquieran habilidad en la carrera del comercio.

Uno de los resultados de esta campaña son las escuelas técnicas, y la consecuencia de ellas la graduación de las labores desde el trabajo puramente manual hasta el cálculo científico, y otro, el que los estadistas consideren de su incumbencia el buscar nuevos mercados para el producto de la industria y ensanchar los que ya existen.

Alemania es por excelencia el país de las Universidades, habitado por una raza estudiosa que sabe apreciar las ventajas que ofrece la adquisición de las ciencias aplicadas en todos sus ramos. Pero de las Universidades no salen hombres para la industria, sino oficiales para el Gobierno, jueces, abogados, cirujanos, clérigos, etc. Para el estudio de la ciencia aplicada no hay, pues, que ocurrir á éstas, sino á las escuelas técnicas que, en Alemania, han llegado á mayor altura que en ninguna otra parte, y no se limitan como en otros países, á la enseñanza de las obras de costura para las niñas y á los oficios, tales como el de carpintero, herrero, albañil, etc. para los muchachos, sino que van mucho más lejos. Alemania tiene en la actualidad nueve de esas escuelas, de las cuales, la mayor se encuentra en Charlottenburg, cerca de Berlín, y las otras en Munich, Stuttgart, Hanover, Dresden, Brunswick, Aix la Chapelle, Darmstadt y Carlsruhe. Además, el emperador desea establecer otra en Dantzig. Por regla general, cada una de esas escuelas se divide en seis departamentos que, en la de Charlottenburg son: el de arquitectura; el de construcciones en general; el de construcción de maquinaria; el de ingeniería naval; el de química é ingeniería de minas, y el de ciencia aplicada en general. El Politécnico de Munich tiene también un departamento de Agricultura y el de Aix la Chapelle, se dedica con preferencia á la enseñanza de la ingeniería de minas.

En el departamento de maquinaria de todas estas escuelas se incluye la enseñanza de la eléctrico técnica, pues se da por entendido que ya hoy esta ciencia es indispensable para todos los que piensan dedicarse á la construcción de máquinas.

La escuela de Charlottenburg, que ha de celebrar su centenario el año que viene, nos da un buen ejemplo de los servicios que están prestando esos establecimientos. Hace diez años, solo asistían á las clases 800 jóvenes, mientras que en la actualidad asisten más de 3,000, una gran parte de los cuales están en el departamento de construcción de maquinaria y el de electro-técnica. El aumento en el número de estudiantes se debe á la gran demanda que tienen en los establecimientos industriales los jóvenes graduados en esas escuelas, así como también al gran desarrollo adquirido por la industria en todas las grandes poblaciones del país. La ciudad de Berlín da empleo ella sola á varios cientos de ingenieros, y los demás grandes centros alemanes utilizan los servicios de otros muchos, y gran número de ellos encuentran colocaciones muy bien pagadas en Inglaterra y en los Estados Unidos.

A esas escuelas técnicas alemanas van á estudiar también muchos jóvenes extranjeros, principalmente de América, Inglaterra, Francia, Rusia y Escandinavia.

Es incuestionable que, por lo mismo que el porvenir de los hombres se moldea en la infancia las naciones que más esmero ponen en la enseñanza, son las que tienen reservado el más brillante porvenir, mientras que aquellas que la abandonan marchan con paso acelerado á su propia destrucción. Entre gente ignorante no puede haber industria, ni civilización, ni moral, ni patriotismo, ni ninguna de las bellas cualidades que adornan al hombre culto.

Donde no hay gente capaz de explotar la industria fabril, no pueden florecer el comercio ni la agricultura; la gente que no tiene ocupación honrada y provechosa está propensa á dedicarse al desorden, y el gobierno que represente á pueblos tales no podrá nunca disfrutar de crédito y ni hacer siquiera que se respeten sus derechos.

Las escuelas mercantiles son también asunto de interés público y una necesidad cada día más palpable, tanto que no puede tardar ya mucho en formar parte de todas las Universidades, y éstas enseñarán no solamente las asignaturas que corresponden á la ingeniería y otras ciencias, sino que también ejercerán en los trabajos que se necesitan en talleres, fábricas, laboratorios y casas mercantiles.

En algunas naciones de Europa se ha empezado ya á poner en práctica este plan y se espera que produzca muy brillantes resultados. En Inglaterra se ha interesado en él la Cámara de Comercio y se propone presentar muy pronto al cuerpo legislativo de aquel Gobierno la resolución siguiente:

«Resuelto, que ha llegado ya la hora en que debe hacerse un esfuerzo para crear en todo el Reino Unido las facilidades necesarias para dar á los jóvenes estudiantes una carrera mercantil, y para que la enseñanza de esta carrera pueda hacerse con base uniforme, hay que formar un plan de educación mercantil que permita hacer exámenes simultáneos y conceder títulos de eficacia que tengan el mismo valor sea cual fuese el punto del país en que se obtengan.

Que se pida al Consejo Ejecutivo que nombre una comisión caracterizada para plantear la base en que han de sentarse la educación mercantil y los exámenes, y que se convoque á los representantes de los Consejos provinciales ó sus comisiones encargadas del fomento de la educación técnica, para decidir qué parte de los fondos que ellas tienen se puede dedicar á este objeto»

Es indiscutible que el comerciante requiere hoy conocimientos mucho más vastos que antes; que las grandes empresas mercantiles tienen que ser dirigidas por hombres inteligentes é instruidos, amaestrados en la ciencia del cálculo, y capaces de prever las consecuencias de las mas diversas combinaciones y circunstancias.

La laboriosidad y la constancia son cualidades tan necesarias como antes, pero ya hoy se necesita además mucha inteligencia y una educación especial que antes poseían muy pocos.

BANCOS POSTALES.

Si alguien tuviera dudas todavía respecto al beneficio que los Bancos postales reportan á las clases pobres, bastaría para disiparlas consultar el informe publicado últimamente por la Administración General de Correos de Londres. Al efecto, en ese informe consta que para fines del año pasado, el número de personas que tienen cuenta abierta en las oficinas postales había ascendido á 6 862 035 y la cantidad de dinero depositado á \$ 540.000.000, ó sean unos \$ 72.00 por cada individuo. Esas dos cifras aumentaron durante el año de 1897 en 409.438 y \$ 51 000.000 respectivamente, lo cual habla con la mayor elocuencia de la conveniencia de dichos Bancos y prueba que la idea no tardó en ser favorablemente acogida por todas las clases de la sociedad británica.

En otros países se ha creído que los Bancos postales son innecesarios porque existen los que se llaman Bancos de ahorros que reciben pequeñas cantidades de dinero y pagan por ellas un módico tipo de interés, pero en realidad sucede que esos bancos no aprovechan más que á las personas que viven cerca de ellos, pues las demás tenían que hacer un largo viaje para depositar ó cobrar sus pequeñas economías, mientras que los Bancos postales tienen por oficinas á todas las administraciones de correos, ya sean grandes ó ya pequeñas, están por lo mismo al alcance de todos, y esto induce á las clases obreras á ahorrar dinero que de otro modo gastarían tal vez inútilmente.

Hemos presentado las anteriores consideraciones con el deseo de llamar la atención de los pensadores sobre si en México, sería posible y conveniente en la actualidad la creación de Bancos Postales.

EL PALACIO REAL

Y el pabellón de Flora

De nuevo se están ocupando los organizadores del gran certamen de 1900 en decidir en donde se les dará alojamiento á los potentados de este mundo que honren con su presencia la gran apoteosis del adelanto humano. Después de haber pensado en reconstruir el soberbio palacio de las Tullerías; después de haber pensado igualmente en reconstruir el palacio de la *Cour des Comptes*, que era el proyecto que gustaba más, han sido abandonadas esas dos ideas. El jardín de las Tullerías no verá levantarse en medio de sus árboles el suntuoso palacio que Catalina de Médicis comenzó á construir y que ha servido de teatro á tantos episodios de la historia de Francia.

El hermoso palacio de la *Cour des Comptes*, que sufrió el mismo fin que el de las Tullerías, se va á convertir próximamente en una estación espléndida de ferrocarril. Así es que por esas razones ambos proyectos han sido abandonados.

Después se ha pensado instalar á los jefes de Estado y á los príncipes que vayan á visitar á la Francia en 1900, sea en el pabellón de Flora ó en el *Palais-Royal*. El pabellón de Flora es dependencia del sin igual palacio del Louvre. El pabellón de Flora fué construido por el ilustre Le-

fuel para el príncipe imperial. Su situación es magnífica: de un lado se ve el Sena que refleja impávido en sus aguas turbias el panorama majestuoso del París antiguo. Nuestra Señora, esa Catedral hermosa que se puede llamar una de las maravillas del arte gótico, sobresale en medio de ese conjunto soberbio.

Al frente del pabellón de Flora se ve el París moderno, espectáculo lindísimo: el jardín de las Tullerías trazado por el célebre Le Notre, teniendo á su entrada del arco de triunfo del Carroussel, construido por orden de Napoleón en honor de la batalla de Austerlitz, y más allá la plaza de la Concordia imponente, y después la avenida de los Campos Eliseos. Esta es una verdadera maravilla, terminando la vista que de allí se tiene por el arco de triunfo. ¡Cuántos recuerdos históricos ¡qué hermosura!

Publicamos hoy copias de las fotografías del Palacio Real y el Pabellón de Flora.

De todos modos, los preparativos que se están haciendo, dan motivo para óree que los Monarcas y Jefes de Estado que vayan á visitar la Exposición Universal, serán recibidos de un modo digno de Francia.



EL PABELLÓN DE FLORA

Las Escuadras del Mundo.

La fiebre de armamentos marítimos que se ha apoderado de las diversas potencias navales en Europa y fuera de ella, se agrava de día en día.

Por un *ulcase* de fecha de 10 de Marzo, el Czar ha comunicado á su ministro de Hacienda, Mr. Witte, su deseo de emplear 90 millones de rublos, que equivalen á 250 millones de francos, en la construcción de nuevos barcos de guerra.

Hace pocos días en el Parlamento Inglés, Mr. Goschen, el primer lord del Almirantazgo, ha leído el proyecto del presupuesto de Marina para el ejercicio económico de 1898-99, en el que hay un aumento de un millón cuatrocientas mil libras esterlinas (35 millones de francos) sobre el existente ejercicio.

De suerte que Inglaterra vá á consagrar á su flota en el año financiero que se abrió el 1º de Abril, una suma que se acerca á 590 millones de francos.

Los ingleses anuncian como puestos en construcción en sus astilleros los siguientes barcos: tres acorazados de primer orden y cuatro cruceros acorazados.

El contingente de marinos mantenidos por el Almirantazgo, será este año de 106,390 hombres, ó sea 6,340 más que la cifra anterior.

Los barcos de guerra con que cuenta la Gran Bretaña, entre grandes y pequeños son 238, con los cuales pasea su poder por todos los mares del globo.

«Cuanto hemos hecho—dice Mr Goschen—lo hemos hecho sin ruido y sin ostentación. El Almirantazgo ha tomado cuida losamente sus disposiciones»

Y todavía ha habido quien, como lord Beresford ha declarado en el Parlamento, que los créditos de aumento pedidos por Mr. Goschen, son notoriamente insuficientes. Siempre ha habido y habrá gentes insaciables.

En Alemania, el famoso septenario naval, á pesar de los ataques de que ha sido objeto, va á dar á la Marina, por la que Guillermo II muestra tanta predilección y solicitud, una extensión considerable, puesto que pondrá al imperio en disposición de construir, de aquí al ejercicio de 1901-1902, una flota totalmente nueva de siete acorazados de alta mar y de nueve cruceros.

El total de los créditos necesarios para el septenario se eleva á la suma de un millón de marcos, y los gastos anuales progresarán, según la marcha de los trabajos, de 117 millones y medio de marcos en 1897-98 hasta 146 millones de marcos.

Los Estados Unidos, bajo la presión de las recientes dificultades con España, han votado 50 millones de dollars para la mejora de su poder marítimo.

Los japoneses, ya lanzados en la vía de los grandes gastos navales desde su última guerra con China, no esperan siquiera que el ejemplo venga de fuera para encargar la construcción de nuevos navios é hinchar el presupuesto de Marina.

En Francia, por fin, se ha votado un crédito extraordinario de 200 millones para la Marina.

Las causas de esta fiebre vienen de muy lejos. De una parte, la paz armada en la que vive Europa desde 1871; de otra, la lucha de los intereses económicos, lucha entablada en los cuatro puntos cardinales del planeta, debían, pronto ó tarde, originar ambiciones, codicias y rivalidades que no podían traducirse de otro modo que por un desarrollo progresivo de los elementos constitutivos del poder marítimo. Por lo que es preciso extender, no solo el número de los barcos, sino aun las colonias y las estaciones mercantiles, sirviendo de base de operación á las escuadras y á las divisiones navales.

Es cierto que se proclama y se repite hasta la saciedad que todas las naciones tienen horror á la guerra



EL PALACIO REAL

Fiesta de árboles en Pachuca



EN LA CORTINA DE LA PRESA



LUGAR DE LA PLANTACION

y no quieren más que la paz. Pero jugando con fuego es fácil que un imprudente, cualquier mañana, prenda fuego á la casa. Y es la reflexión que sugiere la fiebre de armamentos marítimos.

Medítese: ¿demas, sobre lo que ha dicho Mr. Goschen en la Cámara de los Comunes:

«—Tendremos barcos excelentes y de gran poder y cruceros rápidos. Si la paz se mantiene, será la paz con honor; pero si la guerra estalla, sera para nosotros la guerra coronada por la victoria.»

Así el primer lord del Almirantazgo ha pronunciado ya la palabra «guerra», y el Times, comentando ese lenguaje, no ha tenido temor de publicar lo que sigue:

«El tono empleado por Mr. Goschen servirá para que se conyenzan los órganos serios de la opinión extranjera, que sufren una peligrosa ilusión, y no se imaginan que el gobierno británico no comparte los sentimientos del pueblo inglés, y que estos sentimientos están en favor de la paz á todo trance.»

DIA DE ARBOLES.

Cuando nuestros más remotos antepasados indígenas fijaron su residencia en donde hoy está la Ciudad de México, todo el valle y las montañas que lo circundan, estaban á la sombra de un espeso bosque que se retrataba en las dormidas aguas de los lagos.

Las implacables exigencias de la vida civilizada fueron destruyendo despues aquella vegetación exuberante y libre, y poco á poco los agrestes pinos y

los gigantescos *ahuehuetes* han ido cediendo el puesto á importaciones anémicas de lejanas floras.

Necesitamos árboles que se den tanta prisa para crecer como la que nosotros nos damos para destruir las selvas, y por eso hemos traído de Australia esos eucaliptos que en breve tiempo alcanzan alturas prodigiosas

Y lo que pasa en esta Capital, sucede tambien en toda la República. La insaciable industria alimenta con leña sus máquinas porque aquí la hulla es escasa y cara; por donde los ferrocarriles pasan los bosques caen como barridos por un huracan, y la luz eléctrica que alumbra las ciudades, y las telas que vestimos y hasta el pan que nos alimenta, representan árboles que son sin cesar abatidos por el hacha del leñador.

Nuestros vecinos de la gran república del Norte, tan luego como observaron el estrago que su colosal industria hacia en las selvas, inventaron remediar el mal dando á la siembra de árboles un carácter de fiesta que la hiciera atractiva, uniéndose así la utilidad al placer.

De allí vienen las entusiastas, alegres y bellísimas festividades que en los Estados Unidos se conocen con el nombre de *Arbor Day*.

En México la Secretaria de Fomento, á cuyo cuidado están las selvas y arbolados, ha dictado diversas disposiciones reglamentando el corte de maderas para precaver la extinsión; pero aunque se cumplieran con exactitud, no puede compensar á la actividad destructora del hombre, la labor lenta conque la naturaleza desarrolla los renuevos que se deben dejar en sustitución de las piezas abatidas.

Por eso cada día se observa mayor carencia de árboles, sobre todo, en las cercanías de las ciudades; y el

precio de la leña y del carbón vegetal ha subido tanto, que muchos industriales prefieren importar carbón mineral de Europa.

Tanto ha preocupado en nuestro país la cuestión del combustible, que provoca un verdadero entusiasmo general cada descubrimiento que se hace de yacimientos de hulla, y el gobierno ha otorgado liberales concesiones á los ferrocarriles destinados á cruzar las zonas carboníferas.

Correspondiendo á la necesidad que hay de reponer los arbolados en nuestra República, algunos Estados han decretado y otros establecido la *fiesta de árboles* que tan fecundos resultados ha producido entre nuestros vecinos de Norte.

Y estas fiestas son verdaderamente animadas y llenas de atractivos. Con tiempo se hace limpiar, abonar y preparar el sitio que se destina para la siembra; y en el día señalado, van cuantos quieren tomar parte en la fiesta llevando su árbol y los instrumentos necesarios para sembrarlo. Naturalmente que las mujeres, y especialmente las jóvenes son quienes mayor empeño toman para la fiesta de árboles y quienes le dan mayor lucimiento. Terminado el acto de sembrar, se reunen por grupos las familias, improvisan banquetes y bailes y todo se vuelve algazara y regocijo.

En algunas partes cada persona que siembra su árbol, lo renueva, poda y riega hasta su desarrollo y en otras poblaciones el Cuerpo Municipal se encarga de estos cuidados. Este último es el sistema que produce resultados más favorables.

Según el cómputo más fidedigno que se ha hecho, las hojas de un solo árbol pueden absorber del aire todo el ácido carbónico que emana de la respiración de unos quince ó veinte hombres, no obstante de que ca-



PREPARADOS PARA LA PLANTACION (Fotografía de Angel M. Maldonado)

da hombre exhala cada veinticuatro horas cerca de cuatrocientos litros de ácido. Un solo metro cuadrado de esas hojas de árbol, contando toda la superficie de las mismas, descomponen en un día hasta cuatro litros de dicho ácido.

En las ciudades y en toda suerte de centros de población no solo hay que contar con el consumo de oxígeno y producción de ácido carbónico que se efectúa para la vida meramente animal, sino también, la calefacción, confección de alimentos, alumbrado nocturno, y necesidades de la industria que todas se llenan con una función semejante. Ya se verá cuanta importancia tiene para el hombre la conservación del reino vegetal. Hay más todavía. La regularidad de las lluvias y demás fenómenos que con ellos se relacionan, están íntimamente ligados con la existencia de bosques; y está demostrado además que en las localidades donde se ha desarbolado sin consideración ha cambiado la constitución médica y las condiciones climatológicas.

Por todo esto son dignos de tanto aplauso los gobiernos que como el del Señor D. Pedro L. Rodríguez, establecen la fiesta de árboles y tienden a remediar de ese modo un mal que se hace sentir cada día con síntomas más amenazadores.

Nuestras correspondencias de Pachuca nos hacen saber que el referido Señor Gobernador, ha tomado decidido empeño positivo en que se propaguen las fiestas de árboles en el Estado de Hidalgo, y organizó y presidió la que se celebró en aquella capital el día primero del presente mes.

Hoy publicamos en «El Mundo Ilustrado» algunas copias de fotografías tomadas durante la referida fiesta.

El aire líquido.

El profesor Berker, encargado del laboratorio químico de la Universidad de Pensilvania, recibió de Nueva York hace poco un objeto digno, por varias razones, de contarse entre los más curiosos que jamás han cruzado el umbral de aquel establecimiento científico. Ese objeto era una lata literalmente llena de aire, pero no aire tal cual se encuentra en la atmósfera sino aire líquido que se podía medir y transvasar lo mismo que el agua u otro líquido cualquiera, pues no se distinguía de estos más que por su extremadamente baja temperatura, que era 320 grados bajo cero, y aun así no se congelaba. Sirviendo en un vaso un poco de ese aire y echando en él un pedazo de hielo, hervía en seguida como pudieran hacerlo unas cuantas gotas de agua en contacto con metal candente, mientras que el hielo se endurecía de tal manera que, golpeándolo con un martillo, saltaba en mil pedazos como si fuera vidrio.

Esto, que no parece sino un cuento de hadas, es una de las grandes proezas realizadas en el siglo que finaliza y tal vez señale el comienzo de otra nueva serie de descubrimientos científicos.

Ese aire líquido sirvió al Dr. Barquer de tema para una cátedra en la cual describió los métodos que se emplean para producirlo e hizo una relación de los principios que utiliza el inventor para poner en práctica la idea de liquidar el aire atmosférico. Entre otras cosas, dijo que hace unos cinco años le había hablado ya del asunto el Dr. Peters, arqueólogo, quien le dijo que el Sr. Charles E. Tripler, de Nueva York, estaba trabajando afanosamente por resolver el problema de reducir el costo de la liquidación. Algún tiempo después, supo que el problema estaba prácticamente resuelto y, habiendo ligado correspondencia con el Dr. Tripler, éste le envió la lata a que hemos hecho referencia, y cuyo contenido llegó a Filadelfia en las mismas condiciones en que salió de Nueva York.

El principio en que se basa el descubrimiento es el siguiente:

Todas las diversas clases de materia que existen en el universo es la forma sólida, la líquida ó la gaseosa, según sea su temperatura, su compresión y, por consiguiente, su volumen.

Comprimiendo un gas, se pone más denso, y si se condensa un vapor, se vuelve líquido. Si en una vasija exenta de aire se echa agua, ésta se evapora y llena la vasija de vapor cuya cantidad aumenta si se calienta un poco. El punto de ebullición del agua es 100 grados centígrados. Si el agua se calienta hasta ese grado, la presión del vapor es la misma que la presión barométrica. Si la temperatura pasa de ese grado, el agua hierve y se convierte en vapor, mientras que, si no pasa, permanece líquida.

Si ese mismo principio se aplica al aire cuya forma natural es la gaseosa; resulta que debe haber también un punto que sirva de límite a la temperatura a que puede llegar sin transformarse.

Ese punto es la temperatura de 191 grados centígrados bajo cero, ó sean 320 grados de la escala Fahrenheit. Al llegar á ese punto, el aire se transforma en líquido y su presión es la misma que la barométrica. Al pasar de los 191 grados para arriba, como sucede exponiéndolo a la atmósfera, se evapora, y la evaporización tiende á mantenerlo fresco, de modo que la transformación es bastante lenta.

La gran dificultad con que se había tropezado para efectuar la transformación consistía en la falta de medios apropiados para reducir la temperatura hasta un punto tan bajo, y en esto es precisamente en lo que estriba la invención del nuevo procedimiento.

DAMAS MEXICANAS



Srta. Otilia Almada.

DE CULIACÁN.

(Fotografía de Donnel.)

Que el aire se puede liquidar se sabía hace ya mucho tiempo y, valiéndose de una larga serie de evaporaciones, el profesor Dewar, de Glasgow, consiguió liquidarlo; pero su procedimiento era tan costoso, que un solo litro de ese líquido hubiera valido \$3,000.

Tripler se vale de un procedimiento muy distinto, pues consiste en condensar el aire, por medios ordinarios, bajo una presión de 2,000 libras por pulgada cuadrada. Enseguida lo hace pasar por un serpentín de cobre y por un agujero del diámetro de una aguja fina. Cuando sale por ese orificio, el aire se dilata y al hacerlo, se enfria considerablemente. Este aire así enfriado pasa por otro serpentín que le enfria más todavía y luego por un tercero que le hace enfriarse hasta 191° C. bajo cero, y por consiguiente sale de él en un chorro líquido sin presión, y sin que se haya empleado más refrigerante que la expansión del aire mismo.

Los experimentos que se han hecho para averiguarlo, prueban que el nitrógeno se oxida á los—193° C y el oxígeno á los—180° C. y por lo tanto, es evidente que al calentarse el líquido, el nitrógeno es el primero que vuelve á gasificarse y el oxígeno se queda solo como lo demuestra el color azulado que toma el líquido cuando ha estado expuesto al aire por un rato.

Esta breve descripción da solo una ligera idea del principio y del procedimiento, ambos de los cuales hemos descrito ya anteriormente.

Cuando el aire líquido así obtenido se hecha en un vaso, hierve un poco porque se pone en contacto con una superficie mucho más caliente que él, y el vapor que se desprende enfria la humedad del aire atmosférico hasta el punto de escarcharla. Metiendo un huevo en un vaso de ese líquido, la ebullición es tan rápida á causa del calor que el huevo contiene, que aquél se evapora rápidamente, pero, si se repone, el huevo se congela y se pone tan duro que, golpeándolo, se deshace en fragmentos. Esto mismo sucede cuando en vez de un huevo se mete en el líquido un pedazo de zinc ó de estaño. Al cobre y al platino no les afecta lo más mínimo, lo cual demuestra la clase de metales que conviene usar para vasijas.

Echando un poco de ese líquido en una tetera y poniéndola sobre una estufa eléctrica, la evaporación del líquido es tan rápida que literalmente se ve como se escarcha la humedad del aire libre al rededor de la tetera. Mientras la tetera estaba sobre la estufa se echó en ella un poco de agua que se congeló al instante. Echando el aire líquido en alcohol, este se congela también y, si se echa en mercurio, lo endurece de manera que se puede usar como martillo para meter un clavo en una tabla. Al hacer estos experimentos se derramó un poco del líquido en la ropa de una señora que estaba presente, pero no obstante de ser la mancha muy visible al principio, poco después había desaparecido por completo cuando el líquido se hubo helado y evaporado después.

Una vela apagada, pero con un poco de carbón encendido en el pabilo, volvió á arder en seguida que se acercó al líquido, dando así pruebas de la evaporización del oxígeno. Un mechón de algodón saturado del

líquido ardió explosivamente al acercarle una brasa encendida.

Uno de los más curiosos fenómenos es que, si se mete un pedazo de marfil en el líquido, se acerca después á una luz eléctrica y se lleva enseguida á un cuarto oscuro, se le ve brillar como si fuera un fósforo. Lo mismo se puede hacer también con un pedazo de papel, pero la fosforescencia no es tan fuerte.

El agotamiento del aire

Está escrito que los sabios se han propuesto no dejar á la pobre humanidad salir de su susto para darle otro, pues la tienen siempre con el agua al cuello ó con la espada suspendida sobre la cabeza, y al paso que vamos no hay esperanza de que le den sosiego.

Así, por ejemplo, hace poco se anunciaba que un cometa se preparaba á hacernos una visita y, como era ésta la primera y no tenía práctica en el manejo de las riendas, era seguro, irremisible, que había de chochar con nuestro globo, y no quedarían después del encuentro más que los fragmentos que guardasen como recuerdo los curiosos habitantes de algún otro planeta. Por fortuna, el supuesto visitante llevaba prisa y no pudo detenerse á saludarnos.

Pasó, pues, aquel peligro; pero he aquí que en seguida los sabios dejaron el telescopio con que le vigilaban para echar mano al microscopio y analizar con él el mundo invisible para descubrir allí nuevos enemigos que están siempre en acecho del hombre y aprovechan la primera ocasión que se les presenta para aniquilarle.

Estos enemigos invisibles á ojo descubierto, son tantos y tan temibles y nos los describen de tan realística manera, que todo ser humano teme ser víctima de ellos á cada instante, y los sabios que se desvelan por conservarnos la existencia, no cesan de darnos la voz de alerta y ponen á nuestro alcance, como armas de defensa, nuevas leyes sanitarias y diversas especies de antitoxinas suministradas por animales cuya salud sacrifican para preservarnos á nosotros de crueles enfermedades.

Cuando se cansan de manejar el telescopio y el microscopio, esos sabios, cuyos recursos son inagotables, dedican su habilidad y su ciencia al estudio de otra rama de la física: la electricidad, que les suministra los rayos X, y con éstos escudriñan el interior del cuerpo humano desde la piel hasta la médula, y no hay secreto que no descubran.

Como variante de estos trabajos, se les ocurre de vez en cuando meterse á averiguar de cuántas maneras puede llegar el mundo á su fin y echan mano á la aritmética para demostrarnos que, al paso que vamos, dentro de pocos años habrá tan enorme número de habitantes sobre la tierra que, no pudiendo alimentarse todos con el producto de la agricultura, acabarán por comerse unos á otros ó morirán de hambre, y hasta nos dicen el número de años que ha de tardar en ocurrir eso. Al mismo fin se llega haciendo el cálculo del tiempo que ha de durar el carbón, la leña y demás combustibles, pues amenazan acabarse muy pronto y no podrá entonces haber fábricas, ferrocarriles, vapores, ni cosa alguna de cuanto se ha inventado en el siglo XIX.

Ahora, un afamado médico de Europa anuncia que ha descubierto el gran secreto de la naturaleza y tiene en su mano el medio de conseguir que el embrión de los seres animados tome la forma masculina ó femenina, á voluntad suya.

Si esto es así y como casi todos los matrimonios quieren que su prole sea de varones y no de hembras, tan luego como el secreto sea del dominio público, y lo será pronto,—no volverán á nacer más mujeres y el mundo se quedará sin encantos, sin gracia, sin flores, sin poesía y la vida se hará insostenible primero y, poco después imposible.

Estos, sin embargo, no son todavía todos los males que nos amenazan, ni tampoco los más graves, pues que hay esperanzas de encontrar algún medio de combatirlos; todavía existe otro; descubierto por el más eminente físico de nuestro tiempo, y es que el aire atmosférico se está agotando á toda prisa porque cada día se gastan enormes cantidades de oxígeno y á ese paso todo el que hay en la atmósfera se ha de acabar muy pronto y todo ser viviente morirá asfixiado. Según sus cálculos, rectificadas con el mayor cuidado, la atmósfera solo contiene..... 1,130 000,000 000 de toneladas de ese gas vivificante.

La industria consume anualmente 600 000 000 de toneladas de carbón que, al arder, gastan 1,500,000 000 de oxígeno y la leña que se quema en los hogares domésticos y en ciertas fábricas, en incendios, etc., consume además 900,000 000 de toneladas de oxígeno. Esta cifra, sumada á la anterior, da 2 400 000,000 de toneladas anuales, y eso no es todo por mucho que parezca, pues la gente y los animales hacen también un gasto enorme cuando respiran y el cálculo más aproximado que ha podido hacerse, indica que ese gasto no baja de 6 615 000,000 de toneladas anuales.

Tenemos, pues, que la combustión consume anualmente 2 400 000,000 de toneladas y la respiración... 6,615 000,000, ó sea en conjunto unos 9,000,000 000 de toneladas anuales, y como para reponerlo no puede contarse más que con la vegetación y ésta es cada día más escasa, dentro de un plazo relativamente corto, no ha de haber en la atmósfera bastante oxígeno para sostener la vida animal y la población de la tierra tiene que irse acabando gradualmente.



La reina del hogar

Mi amor que nunca subyugó el deseo
No sé qué forma celestial reviste:
Cuando á mi lado en el salón te veo
Tan pálida, tan pálida y tan triste,

Medito á veces con profunda calma
Que oculta pena sin cesar te agobia:
"Será un misterio lo que sufre tu alma,
O te hace daño tu papel de novia."

Y ese problema horrible que me aterra
Me hace exclamar doliente:—«¡Estoy proscrito!»
Y levanto los ojos de la tierra
Y con dolor los clavo en lo infinito.

De mi alma las intimas ternezas
Se reviven al verte... y tú lo ignoras!
Pensando en tus recónditas tristezas
Me sorprenden desperto las auroras.

¡Oh, te adoro mi bien! bendito el cielo
Ya para nuestra unión construye el lazo.
Tú serás mi refugio y mi consuelo,
Y sostén para ti sera mi brazo.

Mi voluntad para vencer airosa,
Eternamente con mi amor coexiste.....
Te venero por buena y por hermosa,
Y te adoro por pálida y por triste.

QUIRINO ORDAZ.



MADRID

(VERSIÓN LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET).

Madrid, princesa de las Españas,
En las floridas verdes campañas
Que el sol que mata sus resplandores
Envuelve en leves, nácares tules,
Brillan radiantes y encantadores
Ojos muy negros y ojos azules.

Ciudad hermosa de las verbenas,
De los romances de amantes penas,
De las tapadas, los galanteos,
¡Cuántos piés blancos como jazmines
Huellan las flores de tus jardines,
Alzan el polvo de tus paseos!

Ven en la plaza tus picadores
Mil rebocillos provocadores,
Mil blancas manos que palmotean
Cuando tus toros embravecidos,
La arena escarban, el lomo arquean,
Braman, embisten, y huyen heridos.

Ven los luceros en tus callejas
Furtivas sombras junto á las rejas,
Ven embozados tus caballeros,
Ven que de prisa y enamoradas
La oscura calle cruzan tapadas
Damas que llevan sus escuderos.

Madrid, asilo de la ventura,
Madrid, emporio de la hermosura,
Calado alcázar que maravillas
Con tus palacios y tus jardines,
Las blancas blondas de las mantillas
Y el negro raso de los chapines;

Todas tus rubias y tus morenas,
Las que caminan de gracia llenas,
Cimbrando el talle, la cara ufana,



Juntas no valen lo que un cabello
De aquellas crenchas que sobre el cuello
Deja caídas mi sevillana.

Es una blanca, rubia española,
Joven y viuda, que vive sola.
— Calle escondida, vetusta casa
Portón ferrado, dueña que cela —
Si el rey la ha visto y amor le abrasa,
No fie en el oro de su escarcela.

Llame, y . . . aguarde si así lo quiere
Llame cien veces, y desespere:
A todas horas silencio grave,
Calle desierta, puerta cerrada;
Pero si llego, mi enamorada
Quita el cerrojo, tuerce la llave;

Porque me arrulla cuando me besa,
Porque es la blanca rubia princesa
Que ha coronado mi fantasía,
Agil, flexible, siempre nerviosa,
Demonio y ángel, avispa y rosa,
Donaire y fuego de Andalucía.

Cae en mis brazos y se estremece,
Beso sus ojos y desfallece;
Con soplo ardiente su pecho late,
Rompe violenta los dulces lazos,
Y en las delicias de tal combate
Huye y se escapa de entre mis brazos.

¿Qué me hizo dueño de su hermosura?
¿Qué me ha valido tanta ventura?
Mi árabe y negra cabalgadura,
Su casco de oro su estampá real.....
Mis alabanzas para Sevilla....!
Mis cumplimientos á su mantilla,
Y aquella dulce miel con vainilla
De aquella tarde de Carnaval.

AGUSTÍN F. CUENCA.

MI CARMEN

Eres la Carmen de Bizet, la maja
Que Prosper Merimée soñó en Sevilla:
No tienes la mantilla y la navaja
¿Pero á qué la navaja y la mantilla?

Más que las blancas y sutiles blondas
Luce cualquiera cinta en tus cabellos,
¿Y qué navaja causará tan hondas
Heridas ¡ay! como tus ojos bellos?

Viéndote, se conciben tentaciones
De burlarse de todos los deberes. . . .
Yo afronto un porvenir de decepciones
A cambio de un instante de placeres.

Tu amor es, dicen, manantial de penas. . . .
Yo penaré dichoso mientras viva!
Mírame más, tus ojos son cadenas,
Mi alma de sus hierros la cautiva.

Por besar una vez, apasionado,
La flor en que tus ósculos pusiste,
Como el José de Carmen, sepultado
Quisiera verme en la prisión más triste.

¿Que mañana tal vez ya no me quieras?
Así es la dicha de fugaz y vana!
¿No es un ave el amor de alas ligeras,
Que viene hoy y que se va mañana?

No lucho con mi amor: es el gitano
Que no conoce voluntad ni yugo;
Ya que darle una ley no está en mi mano
Sea pues mi señor y mi verdugo.

Todo lo acepto por mi dicha breve,
La dignidad y el nombre por el lodo,
Mi vida rota, tu traición aleve.
Hasta la befa de tus labios, todo.

Si no me quieres, te amaré; la suerte
Echada está, sigamos adelante,
Aunque caiga en los brazos de la muerte
Matándote también ¡dulce inconstante!

RAFAEL DE ALBA.

Baile de fantasía en Culiacán



Srta. Rosario Laseter
DE MÉXICO
[Fotografía de Tapia.]

LA VIDA SOCIAL EN CULIACAN.

Sinaloa es uno de los Estados Mexicanos en que se hace más grata la vida social, por que los habitantes de aquellas comarcas pintorescas acariciadas por las olas del Pacífico, conservan en sus costumbres esa pureza y moralidad que sirven de inquebrantable lazo de unión á las familias

Culiacán, capital del Estado, compite con Mazatlán en cultura y elementos de prosperidad. Allí el teatro, los paseos, los bailes tienen un atractivo especial, por que reina en ellos elegante y cordial animación que dá la mejor idea de la sociedad sinaloense.

Hoy tenemos el gusto de engalanar nuestras columnas con los retratos de varias señoritas de Culiacán, vestidas con los trajes de fantasía que llevaron á uno de los últimos bailes.

El hombre del cerebro de oro

Á LA DAMA QUE DESEA HISTORIAS ALEGRES.

Señora: al leer vuestra carta he sentido algo parecido á un remordimiento. Me he reprochado ese colorido melancólico que afectan mis historietas, y me he prometido que hoy os ofrecería algo alegre. . . . desmedidamente.

Y por otra parte, ¿por qué he de estar triste? Vivo á mil leguas de las brumas de París, sobre una colina inundada de luz, en este país del tamboril y del vino moscatel.

A mi alrededor todo es sol y música: tengo orquestas enteras de dorados insectos, orfeones completos de alegres abejarueos, por la mañana entonan sus cánticos los jilgueros, á medio día la cigarra es la que domina en el concierto, más tarde los pastores animan la escena con su caramillo, y luego bellas aldeanas cuyas risas escucho á través de las tupidas viñas. . . . A la verdad que el sitio no es el más apropiado para entregarse á la melancolía, y sin duda debería yo enviar á las damas poemas color de rosa y canastadas de cuentos galantes.

Pues bien, no es así, todavía estoy demasiado cerca de París. Todos los días, aun entre mis pinares, siento que me salpica con sus tristezas. En el momento mismo en que escribo estas líneas me llega la noticia de la muerte de Carlos Barbará, y mi molino se encuentra de luto.

¡Adiós jilgueros y cigarras! Mi corazón no responde á vuestras alegrías. . . . He aquí, señora, por qué en vez del cuento juguetón que me prometía relataros, os hallaréis con una leyenda melancólica.

Existía cierta vez un hombre que tenía el cerebro de oro: sí, señora mía, ¡un verdadero cerebro de oro! Cuando vino al mundo, creyeron que este niño no podría vivir, tal era el desmesurado peso y tamaño de su cráneo. Sin embargo vivió—y creció á los rayos del sol como una hermosa planta de olivo—solamente que su hermosa cabeza lo arrastraba algunas veces y daba pena verle darse golpes contra los muebles mientras caminaba. Con frecuencia se caía, y una vez rodando de unos escalones abajo, vino á dar la frente contra los mármoles produciendo su cráneo un sonido semejante al de un lingote metálico. En el primer momento se le creyó muerto, pero así que lo levantaron solo se le hayó una ligera herida y dos ó tres pequeñas gotas de oro coaguladas entre sus rubios cabellos. Guardóse sobre esto el mayor secreto y el pobre pequenueño jamás se imaginó lo que le acontecía. Cuando más se reducía á preguntar por qué no lo dejaban correr afuera. «Te robarían tesoro querido» respondía la madre y de ahí resultó que el niño temblaba siempre de que lo robaran y se volvía á jugar solo, sin agregar una palabra más, arrastrándose pesadamente de una sala á otra.

Cuando llegó á los diez y ocho años, sus padres le revelaron el monstruoso don que debía al destino, y como hasta entonces lo habían criado y educado, le pidieron en cambio un poco de su oro.

No titubeó el niño en darlo, y en el instante mismo (la leyenda no dice cómo ni por qué medio) se arrancó del cráneo un pedazo de oro maciso—un hermoso pedazo del tamaño de una nuez—y lo arrojó orgullosamente á los pies de su madre.

En seguida, deslumbrado con la posesión de las riquezas que llevaba en su cabeza, loco de deseos, ébrio de su poder, dejó la casa de sus padres y se lanzó por el mundo derramando su tesoro á manos llenas.

A juzgar por el tren de vida

que llevaba y la manera como sembraba el oro sin mirarlo siquiera, se hubiera creído que su cerebro era inextinguible. Sin embargo, el tesoro se agotaba y se podía notar que poco á poco se apagaba el brillo de su mirada y que sus mejillas se descarnaban. Un día por fin, en la mañana siguiente á una loca orgía, solo ante los restos del festín y la mortecina luz de las bujías, advirtió con espanto la enorme brecha que había abierto en su tesoro y creyó era llegado el momento de detenerse.

A partir de aquel día, su vida cambió por completo. El hombre del cerebro de oro se retiró á vivir aislado, del trabajo de sus manos, desconfiado y temeroso como un avaro, huyendo de las tentaciones y tratando de olvidar él mismo esas fatales riquezas que no quería ya más tocar.

Desgraciadamente un amigo le había seguido á su soledad y ese amigo conocía su secreto.

Cierta noche nuestro pobre hombre fué despertado súbitamente por un fuerte dolor de cabeza, por un dolor verdaderamente horrible: se levantó desatinado y vió al pálido rayo de la luna á su amigo que huía, escondiendo algo bajo la manta que le cubría.

Era todavía un pedazo de cerebro que se le arrancaba.

Después de transcurrir cierto tiempo, el hombre del cerebro de oro llegó á enamorarse y desde aquel momento todo concluyó para él. . . . Amaba desde lo más íntimo de su alma á una rubiecita, que también lo amaba, pero que prefería sin embargo, los adornos, las plumas blancas y las borlas moradas que iban batiendo las botitas al encantador balanceo de su andar.

Entre las manos de esta preciosa criatura—mitad ave; mitad muñeca—las moneditas de oro se fundían de una manera que daba gozo.

Ella tenía todos los caprichos, y él no sabía jamás decir nó: más aun, por temor de causarle pena le ocultó hasta el fin el triste secreto de su fortuna.

—¿Con que somos muy ricos? decía ella—y él respondía:—¡Ah! sí. . . muy ricos! y sonreía con amor á este pequeño pajarillo azul, que le devoraba el cráneo inocentemente. Algunas veces lo asaltaba el miedo y tenía impetus de volverse avaro, pero entonces su mujercita se le acercaba revoloteando y le decía:

—Maridito. . . ya que eres tan rico, cómprame a go caro, muy caro. . . y él le compraba algo caro.

Dos años duró este estado de cosas, hasta que una mañana la rubiecita murió. . . . sin que se supiera de qué;—como mueren los pajarillos.

El tesoro tocaba á su fin. Con lo que aún le quedaba quiso el viudo hacer un brillante entierro á su querida muerta.

Campanas á vuelo, pesadas carrozas cubiertas de paños negros, caballos con penachos, lágrimas de plata sobre el negro terciopelo, nada le parecía suficientemente hermoso.

¡Qué le importaba ya su oro!

Dió para la iglesia, para los lacayos, para los enterradores, para las revendedoras de siemprevivas. . . . dió por todas partes y sin vacilación. . . de tal manera, que cuando salió del cementerio, nada quedaba ya de aquel maravilloso cerebro. . . sólo algunas partículas de oro se sostenían adheridas á las paredes del cráneo.

Viósele entonces vagar por las calles con las manos hacia adelante, vacilando como un ébrio. Por la noche, cuando se iluminan los bazares, se detuvo ante una vidriera en la cual una cascada de sederías y lucientes atavios brillaban con el esplendor de las luces y permaneció durante largo tiempo contemplando dos botitas de satén de seda azul con guarniciones de cisne. «Conozco, se decía sonriendo, alguien, á quien estas botitas harían feliz,» y olvidando que su mujercita había muerto, entró para comprarlas. Desde el fondo de su tienda oyó la dueña un grito terrible: se acercó corriendo y retrocedió espantada al ver delante de sí un hombre que se acercaba mirándola con una expresión de dolor á la vez que de embrutecimiento.

Con una mano tenía las botitas de cisne y le tendía la otra toda ensangrentada y con pequeños fragmentos de oro en la extremidad de las uñas.

Tal es, señora, la leyenda del hombre del cerebro de oro.

A pesar de su aspecto de cuento fantástico ella es cierta desde el principio hasta el fin.

Hay en el mundo pobres gentes que se hallan condenadas á vivir de su cerebro, que pagan en oro puro y hermoso que arrancan la médula y sustancia de su cuerpo, las cosas mas triviales de la vida. Para esos desgraciados cada día que pasa es un dolor y finalmente cuando cansados de sufrir. . . .

Pero. . . . decididamente señora, esta historia es muy triste y será mejor que la termine aquí

ALFONSO DAUDET.

Baile de fantasía de la Sociedad "Crisantema"



Srta. Teófila Peiro
DE CULIACAN
(Fotografía de Buzy)

Lady Godiva.

Refieren la leyenda y la historia que en el siglo XI y en los días en que reinaba en Inglaterra Eduardo el Confesor, había un Duque de Mercia casado con la mujer más hermosa del reino; y aun se decía que dejando la Isla é internándose por todo el cercano continente, no podría ninguno encontrar hermosura á la de esta mujer comparable.

Bella y discreta, tan llena de natural donaire como de arraigadas virtudes, habrían tales prendas bastado para hacerla adorable; pero aun tenía una cualidad que á todas las otras suyas superaba y era la de ser pudorosa y casta como una sensitiva, de modo que se ruborizaba de verse á sí misma y nadie podía vanagloriarse, hombre ni mujer, de haber visto de ella otra cosa que su cara y sus manos, pues ni usó jamás vestidos que le descubrieran el cuello ni los brazos, ni aceptó moda alguna que le pareciera deshonesta.

Presentábanla de modelo en aquellos tiempos de corrupción y desenvoltura, los esposos á sus esposas, los padres á sus hijas, y todos la amaban y veneraban particularmente los menesterosos y los enfermos de quienes era como se dice paño de lágrimas.

Pues una vez á consecuencia de un delito cometido en Coventry y cuyo autor no pudo ser habido, dispuso el Gobernador (que lo era el Duque de Mercia) que todos los habitantes fueran por igual castigados con una cuantiosa multa y los que no pudieran pagarla con un fuerte castigo corporal.

Acudieron los afligidos á quienes aludía tal sentencia á Lady Godiva, y esta, consternado su generoso corazón, acudió con lágrimas á su esposo que por buena y por bella no le había negado nunca merced alguna; pero que en esta vez se manifestó inaccesible á la compasión, sordo á los ruegos é insensible al llanto que perla á perla é hilo á hilo brotaba de los ojos hermosísimos de la dama y rodaba por sus mejillas de alabastro.

—Levantaos, señora, dijo el Duque, que no debe estar arrodillada á mis pies quien tiene su trono en mi corazón.

—No, sin que me otorguéis la gracia que os he pedido!

Y tornó el Duque á negar y tornó ella á pedir con mayor y más dolorosa insistencia, hasta que por cortar aquella tan lamentable escena el Duque otorgó gracia, pero á condición de que la casta, la púdica, la ruborosa Lady Godiva había de recorrer, desnuda y á caballo, al medio día, las calles de la ciudad.

El Duque se retiró sonriendo convencido de que había puesto al indulto un precio que no le sería pagado, porque primero moriría su mujer que exhibir en público todos los prodigios de su maravillosa hermosura: y retiróse Lady Godiva llorando y sin acertar á darse cuenta de cómo podría sin espirar de vergüenza cumplir la impuesta condición.

Y hasta aquí el punto en que la historia y la leyenda caminan juntas, y desde aquí los milagrosos sucesos que se siguieron y que ponen admiración en el ánimo de cuantos han tenido noticias de ellos.

Acaeció pues que durante toda esa noche la honesta dama no pudo conciliar el sueño de temor y pena, de vergüenza y rubor, solo al considerar lo que iba á hacer al día siguiente, y que sin dejar de llorar ni de orar la sorprendió la aurora.

Más tarde quiso ocurrir nuevamente á la magnanimidad de su esposo para que impusiera una compensación menos dolorosa; sus joyas, su castillo feudal, sus derechos á la herencia de los Duques, todo quería ofrecerlo si se le libraba del odioso y tremendo compromiso; pero el Duque que había previsto eso y que temía no poder negarse á súplicas de tan linda boca, se ausentó desde muy temprano dejando órdenes terminantes á su servidumbre.

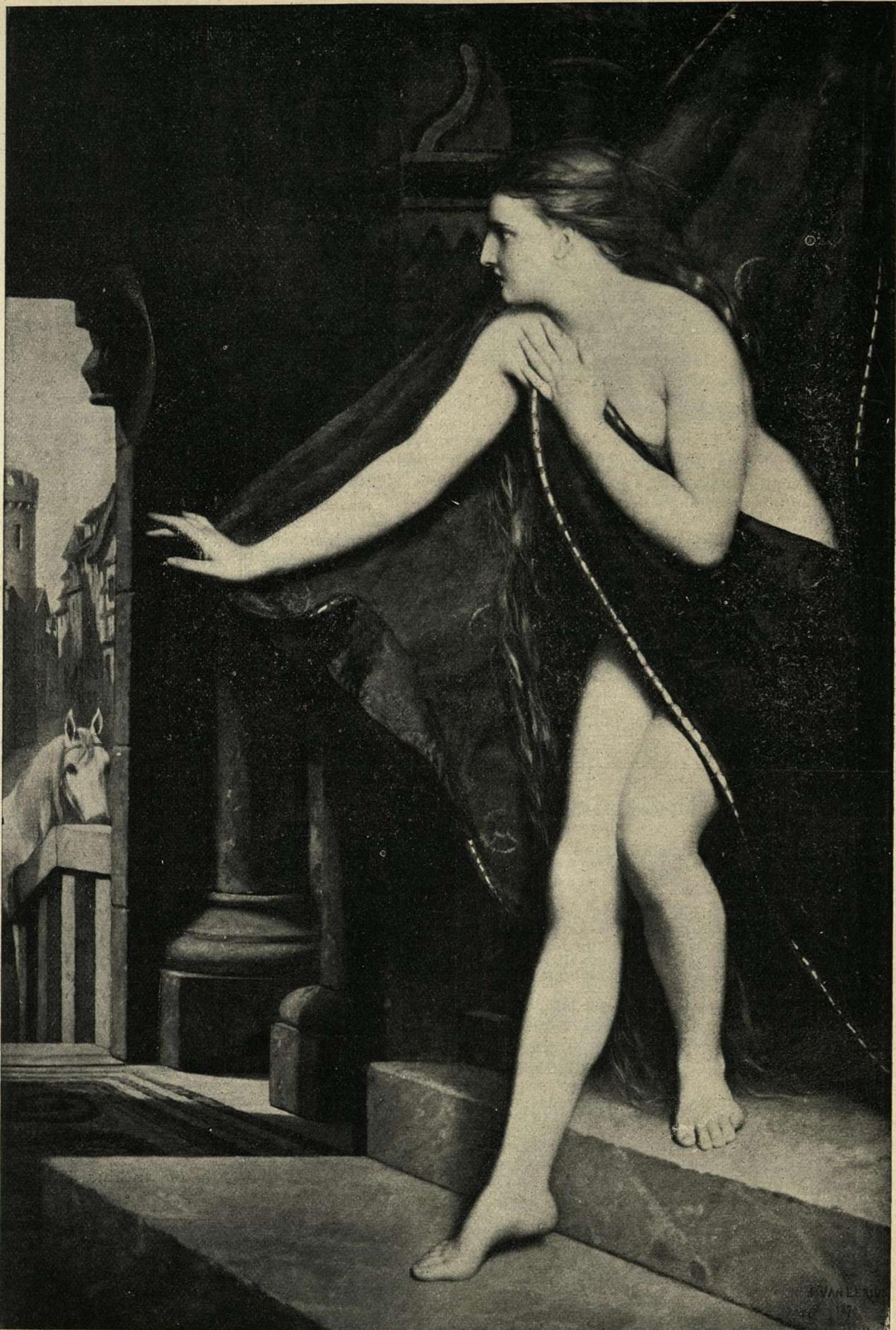
Y entre tanto el tiempo avanzaba; las horas corrían sin detenerse para dar paso á la llegada de aquella tan temida, en que debería ó salir desnuda Lady Godiva ó empezar á cumplirse en el pueblo la sentencia cruel.

Ya estaban listos los recaudadores para ir de casa en casa á recojer la cuantiosa multa; ya se habían levantado en todas las plazas las picotas en que deberían ser ejecutados los remisos, y ya numerosos verdugos preparaban apresurados sus instrumentos de suplicio.

Las mujeres, los ancianos y los niños recorrían como locos las calles pidiendo á gritos piedad, y este espectáculo que contemplaba desde sus ventanas Lady Godiva le partía el corazón.

Ya solo faltaban algunos minutos para el medio día. . . . Cien veces Lady Godiva había intentado despojarse de sus vestidos, y otras tantas temblando de terror y de angustia había retrocedido ante el sacrificio cruento. ¡Su vida, sí, su vida mejor que la exhibición de sus ocultas bellezas! pero el tiempo corría implacable, y los dolorosos lamentos aumentaban llenando de armonías lúgubres todos los ámbitos de la ciudad, cuando de pronto una trompeta, más imponente y terrífica que la del juicio final, reclamó el silencio de toda la muchedumbre. Lady Godiva pudo oír desde sus ventanas la voz del pregonero que decía:

—«Esta es la justicia que manda hacer el Duque



Nuestro Señor y que se cumplirá sin misericordia si su esposa no recorre desnuda, al mediar el día, las calles de la población.»

El sacrificio era ya inevitable. Lady Godiva enjugó sus últimas lágrimas, recurrió á toda la energía de que le era dado disponer, y después de una breve plegaria ante la Virgen de los Dolores, empezó con ademán resuelto y mano nerviosa á despojarse de sus atavíos. Rodaron sobre la alfombra la diadema de perlas y el collar de brillantes, cayó el manto de púrpura como arrebatado por un huracán, y fué la túnica de damasco, recamada de oro y pedrerías, arrancada á pedazos del cuerpo.

Se había desprendido ya de los brazaletes, de los pendientes y aun de los chapines, cuando una ráfaga de viento enamorada de tan maravillosos hechizos como esos que por primera vez se exhibían á la luz del sol, vino y envolvió á Lady Godiva con un beso de pasión y voluptuosidad. Estremecida la encantadora mujer se vió. . . . y al contemplar la dulce y palpitante morbidez de sus formas y su límpida diafanidad que irradiaba, tuvo miedo como ante el hacha del verdugo, y perdida toda resolución y llorando á gritos como niño aterrorizado por horrenda pesadilla.

—No puedo, dijo.

Y se refugió amedrentada á su lecho.

—A lo lejos vibró de nuevo la trompeta; y de nuevo, aunque opaca y débil se oyó la voz distante del pregonero:

—«Esta es la justicia que manda hacer».....

Entonces Lady Godiva se levantó lentamente, y con

los ojos fijos en el pavimento cruzó sus habitaciones y se dirigió á las cuadras. Allí la aguardaba una nueva sorpresa: el Duque se había llevado todos los caballos y solo quedaba uno, tan bravo y cerril que nadie se atrevía nunca á montar.

En esos instantes el sol llegaba á la mitad de su carrera.....

Lady Godiva alzó los ojos al cielo: y al querer juntar las manos en ademán de súplica, se le enredaron en algo y observó una cosa milagrosa. Su cabellera había en esos breves minutos crecido tanto, pero tanto, que la cubría todo el cuerpo como manto impenetrable.

El caballo, aquella fiera indómita, se acercó mansamente, dobló las manos como esas bestias que están adiestradas para el circo, se hizo montar y luego orgulloso de su dulce carga salió á la calle.

La plaza momentos antes invadida por la muchedumbre, estaba solitaria. Lady Godiva recorrió la población entera cruzando calles desiertas. Todos los vecinos, como si se hubieran puesto de acuerdo, inspirados por un mismo sentimiento, habían cerrado sus puertas y ventanas y se habían retirado á lo más oculto de las habitaciones.

Ningunos ojos humanos mancharon con su mirada codiciosa la immaculada pureza de aquellas formas angélicas: ningunos..... porque un panadero que curioso ó enamorado se atrevió á asomarse á su postigo cuando Lady Godiva pasaba, cegó antes de haber podido contemplarla.

JAVIER SANTA MARIA.



Nuestras artistas

Luisa Ceballos.

Hay temperamentos musicales por excelencia, como hay aves que cantan siempre, así cuando la mañana extiende triunfal su pabellón dorado como cuando la luna baña la tierra en diáfanos olas de plata. Hay almas en las que cada ritmo de la naturaleza despierta un eco; almas para las cuales no hay una vibración estéril y que como la misteriosa flor

avanesa de la leyenda, abren su cáliz solo ante la vibración harmónica y van expandiéndolo más y más á medida que esta crece, siendo posible que mueran si la vibración es demasiado intensa.

Luisa Ceballos es una de esas almas.

Ruben Darío le llamara si la conociese, *dulce hermana armoniosa*; su vida ha sido una peregrinación por los espacios de la nota hácia el recóndito ideal y fuera de esto, todo lo demás le ha parecido vano.

El arpa y el piano; dos novios, el uno de ayer, la otra de un pasado de siglos; el uno que divinizó Beethoven; la otra que divinizó David; el uno, mirificado por los heroísmos de Liszt; la otra, sublimada por los consuelos de Saúl, han sido los dos amigos enamorados de esa virgen que pasa por el valle florido de una existencia discreta y silenciosa, toda entregada al culto del ideal.

Sean ellos también su premio, su gran premio, ungiendo su espíritu de misteriosas venturas.

La paja húmeda

Pasó los primeros años de reclusión sin hacer nada; necesitó todo ese tiempo para habituarse á su nueva existencia, para instalarse, para amoldarse á las costumbres de la casa.

Pero, como aun le quedaban veinte años de huelga, una mañana, al levantarse, pensó que era un bochorno llevar aquella vida de haragán, y que necesitaba idear una ocupación, ya que no digna de un hombre libre, puesto que estaba preso, propia siquiera de un hombre.

Consagró un año á reflexionar, á pesar las diversas ideas que le cruzaron por las mientes, á inquirir cuál sería el objeto definitivo de su existencia.

¿Educar una araña? Eso era ya muy viejo y vulgarísimo ¡irse ahora á imitar á Pellisson! ¡Quita, quita allá! ¡Puro plagio!

¿Contar por los dedos las rugosidades de las paredes? Eso era una ridiculez, un entretenimiento tonto, sin provecho ninguno.

—Sería menester (se dijo) dar con una cosa que fuese interesante y útil, á la vez que un acto de venganza. Habría que inventar una tarea que ayudase á matar el tiempo que proporcionase algún bienestar y que tuviese el valor de una protesta.

Pasóse otro año en averiguaciones, pero al cabo vino el éxito á coronar tanta perseverancia.

Habitaba el preso en un verdadero calabozo, donde apenas entraba el sol más que media hora en todo el día, y reducido, por supuesto, á un tenue rayo, que era como un hilillo de luz. La cama en que reposaban los doloridos miembros del infeliz, estaba hecha literalmente de paja húmeda.

—¡Cosa resuelta! (exclamó con energía). Voy á dar en la cabeza á mis carceleros y á embromar á la justicia: ¡secaré la paja!

Empezó por contar las pajas que componían el montón. Había mil trescientas siete. ¡Una cama bien pobrecita!

Acto continuo hizo un ensayo para saber cuánto tiempo le costaría secar una paja. Se necesitaban tres cuartos de hora. De modo que las mil trescientas siete pajas exigirían en total novecientos ocho horas y quince minutos, ó sea, contando media hora de sol por cada veinticuatro, mil novecientos sesenta y un días.

Suponiendo que el sol no brillase por término medio, más que un día de cada tres, se llegaba á una suma de diez y seis años, un mes, una semana y seis días.

Era, con diferencia de unos seis meses, todo el tiempo que tenía por delante.

Puso manos á la obra.

Cada vez que entraba el tenue rayo luminoso, exponía una pajita al paso de él, y aprovechaba de esa suerte el sol entero que recibía. Todas las que iba secando las conservaba después al calor de su cuerpo, debajo de la ropa.

Trascurrieron diez años. El preso no se acostaba ya más que sobre una tercera parte de la paja húmeda, y llevaba relleno el pecho de los otros dos tercios, secados poco á poco.

Pasaron quince años. ¡Qué alegría! Ya no quedaban más que ciento treinta y seis pajitas húmedas. Cua- trocientos ocho días más, y el preso podía levantar la cabeza, orgulloso de su obra, vencedor de la sociedad

y gritar con acento de venganza y con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! ¿Me habéis condenado á la paja húmeda de los calabozos? ¡Pues bien! ¡llorad de rabia! Me acuesto en paja seca.

¡Ay! La suerte cruel acechaba á su víctima.

Una noche que el preso soñaba en su futura felicidad, agitándose como un loco en medio de su embriaguez, tiró el cántaro, y se le derramó el agua por el pecho.

Toda la paja estaba mojada.

¿Qué hacer ahora? ¿Volverá empezar el trabajo de Sísifo? ¿Pasar otros quince años absorbiendo briznas desoladas en briznas de paja?

¡Y el desalient.! Vosotros, los afortunados del mundo, que renunciáis á un placer cuando hay que dar cuatro pasos para alcanzarlo, ¿os atreveríais á lanzarle la primera piedra?

¡Pero ya no tenía que esperar más que año y medio! —diréis.

¿Y os olvidáis del orgullo herido y de las esperanzas defraudadas?

¡Qué! ¡Aquel hombre había trabajado quince años para dormir sobre un montón de paja seca, é iba á resignarse á abandonar el calabozo llevándose enredadas en el pelo las pajas húmedas! ¡Jamás! O somos ó no somos dignos.

Ocho días y ocho noches se revolvió desasosegado, luchando con la desesperación y tratando de hallar asiento en el vacío que lo anonadaba.

Acabó por rendirse y declararse vencido. Había perdido la batalla.

Una tarde cayó de hinojos desesperado y agobiado de dolor.

—¡Dios mío! (exclamó llorando,) perdóname si me siento sin ánimos hoy día. He sufrido durante treinta años; he visto adelgazar mis miembros, arrugarse mi piel, gastarse mi vista, palidecer mi sangre, y caerme los dientes y el pelo; he aguantado el hambre, el frío y la soledad. Para sostener mis fuerzas tenía una esperanza, cuya realización era la ventura de mi vida. Ahora me es imposible satisfacer ese deseo; ahora el objeto se ha desvanecido para siempre; ahora estoy deshonrado. Perdóname si deserto de mi puesto si abandono la batalla, si huyo como un cobarde. No puedo más.

Luego se apoderó de él un nuevo acceso de indignación:

—¡No! (gritó.) ¡No, y mil veces nó! No ha de decirse

que yo he perdido la vida de cualquier modo. ¡No, no estoy vencido! ¡No desertaré! ¡No soy un cobarde! ¡No he de acostarme ni un minuto más sobre la húmeda paja de los calabozos! ¡No, no ha de dar cuenta de mí la sociedad!

Y el preso murió aquella noche, vencido como Bruto, grande como Catón.

Murió de una indigestión heroica: se había comido toda la paja.

JUAN RICHEPIN.

¿Existió ó no existió Homero?

Sabido es que los alemanes, para distraerse de la razón pura y del imperativo categórico, habían inventado la tesis de la no existencia de Homero.

Otros, en cambio, admitían, no ya un Homero sólo, sino dos: uno para la *Iliada* y otro para la *Odisea*.

Ultimamente un sabio inglés sostenía que la *Odisea* había sido escrita por una mujer, y que esta era Nausica, aquella princesa que lavaba la ropa de su papá el rey en un arroyo.

Ahora un sabio francés, Mr. Mesquil, nos sale con otra tesis sorprendente. La de que Homero es Ulises.

Parece que el rey de Itaca, el cual hubo de publicar en verso la relación de sus aventuras, hizo su viaje por el mar de las Indias y paró en Madagascar.

Como la expedición de los Argonautas, según Mr. Mesquil, se hizo recorriendo todas las costas de Africa, la civilización micénica hubo de extender por toda la tierra sus relaciones comerciales y marítimas, y de todas las naciones que han marcado en Africa sus huellas, ninguna, á juicio de nuestro sabio, ha dejado tan duraderas señales como la raza griega.

¡Quién sabe si los combates cantados en la *Iliada* no ocurrieron en las orillas del Níger!

SONETO

Indo, el triste pastor todo embebido
En la luz de su dulce pensamiento,
Estas quejas mandaba al raudo viento
Con ese suspirar que es un gemido.
Triste en las soubres del dolor perdido
Como también se pierde mi lamento
¿A quién hablo? ¿A quién digo mi tormento
Si soy al clamar más, menos oído?
Bella ninfa, ¿por qué no me respondes?
¿Por qué cuando me miras me escarneces?
¿Por qué á mi dulce amor no correspondes?
¡Ay!... ¡tu desden apuro hasta las heces!
¡Cuando más te deseo, más te escondes!
¡Y cuanto más me humillo, más te creces!

CAMOENS.

En el vagón.

Imágen de la vida placentera
Es el tren en que voy arrebatado,
Viendo cruzar fogosos á mi lado
Cuantos seres encuentro en mi carrera.
Yo voy en un asiento de primera,
Del calor y del viento resguardado,
Y el mismo tren conduce al desgraciado
Que ocupa un duro asiento de tercera.
Más aunque así suframos ó gocemos
Separados los dos, cualquiera advierte
Que la misma distancia recorreremos
É igual al fin y al cabo es nuestra suerte
Pues ambos por desgracia pararemos
En la estación del término: LA MUERTE.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

Baile de fantasía de la Sociedad "Crisantema"



Señoritas: Luz Peiro, Fanny Cañedo, Teófila Peiro, Rafaela Peiro, Guadalupe del Corté, Dolores Zepeda.



La embriaguez.--Musa trágica.

I

En lo que concierne á la singular, pero al mismo tiempo familiar historia que voy á relatar, yo no espero ni solicito de nadie que me crea. Sería un loco si lo exigiese, pues mis mismos sentidos rechazan su propio testimonio. Esto, sin embargo, no estoy soñando. Pero mañana puedo morir y quiero contarlo todo en descargo de mi conciencia. El objeto que me propongo es colocar ante el mundo, clara, sucintamente y sin comentarios, una serie de hechos que tienen simple y llanamente el carácter de domésticos. Estos hechos—habidas sus consecuencias—me han torturado, aplastado, aterrorizado.

Esto no obstante, no me propongo ocultarlos. A mí solo me han ofrecido el horror; más á ciertas personas les parecerán menos terribles que *barrocos*. Quizá más tarde se dé con una inteligencia que reducirá mi fantasma á una cosa vulgar; una inteligencia mas tranquila, más lógica y menos eseitable que la mía, que no hallará en los hechos que voy á contar horrorizado, más que una serie de causas y hechos naturalísimos.

II

Cuando yo era niño me distinguía por la docilidad y humildad de mi carácter. La sensibilidad de mi corazón era tan grande, que más de una vez me convirtió en juguete de mis camaradas. Sentía una verdadera pasión hacia los animales, y mis padres me permitían criar de ellos un buen número. Yo pasaba casi todo mi tiempo con ellos, y nunca me sentía tan feliz como cuando les daba la comida ó podía acariciarles. Esta singularidad de mi carácter fué creciendo con la edad, y cuando llegué á hombre, el trato con los animales constituía uno de mis placeres. A los que han profesado cariño á un perro fiel ó inteligente no necesito explicarles la naturaleza é intensidad de los goces que proporciona el trato con ciertos animales. Existe en el amor desinteresado de una bestia, en ese sacrificio de sí misma, algo que va directamente al corazón de aquel que ha tenido ocasión de aquilatar la frágil amistad, la fidelidad quebradiza del *hombre*.

Me casé muy joven y tuve la dicha de hallar en mi mujer un carácter que simpatizaba con el mio. Viendo mi gusto por los animales, hacia cuanto le era dable para proporcionarme aquellos que más me gustaban. Criamos aves, peces de dorada escama, un perro hermosísimo, conejos, un mono y un *gato*.

Este último era un animal preciosísimo, enteramente negro y de una sagacidad maravillosa. Hablando de su inteligencia mi mujer, que en el fondo no era supersticiosa, aludía frecuentemente á la vieja creencia popular de que los gatos negros eran brujos disfrazados. No insistía de un modo serio en este punto; y si yo hago mención de ello, es porque se me viene á la memoria.

Plutón—que este era el nombre del gato—era mi preferido, mi compañero inseparable. Dábale su comida y me seguía dentro de mi casa, allí donde yo iba. Sólo contrariándole mucho podía alcanzar que no me siguiera por la calle.

III

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales mi carácter, influido por el Demonio de la Intemperancia (debo así confesarlo), sufrió una radical alteración en mal sentido. Volvíme de día en día más triste, más silencioso, más susceptible y cuidadoso, respecto al sentimiento ajeno.

Permitime emplear un lenguaje brutal con mi esposa, hasta que concluí por pegarla. Mis pobres animales sufrieron naturalmente el cambio de mi carácter. No solo los olvidaba, sino que les maltrataba. Pero en lo que se refiere á Plutón, yo le guardaba ciertas consideraciones que me impedían cebarme en él, mientras que descargaba la irascibilidad de mi carácter en los conejos, el mono y hasta el perro, cuando por casualidad, ó por el cariño que me tenían, se cruzaban á mi paso. Pero mi mal se hacía cada día más invasor y terrible—¿qué es lo que se puede comparar á los efectos del alcohol?—y al fin y al cabo Plutón, que se hacía ya viejo y que naturalmente era hurraño, Plutón empezó á conocer también los efectos de mi mal carácter.

Cierta noche, al regresar á mi casa muy beodo, como salía de la taberna que yo visitaba con frecuencia, me pareció que el gato me evitaba. Le cogí; pero asustado el animal con mi violencia, mordió ligeramente mi mano. Apoderose de mí toda la rabia del infierno. Me olvidé de mí propio.

Pareció que mi alma volaba de repente de mi cuerpo y una diabólica maldad, saturada de *gin*, penetraba una tras otra las fibras de mi ser. ¡Saqué de mi bolsillo una navaja y la abrí; después cogí al pobre animal por la garganta y le hice saltar con deliberada crueldad, un ojo de su órbita! Al consignar este acto de salvajismo, tiemblo, ardo, me estremezco y me ruborizo!

Cuando á la mañana siguiente volví á recobrar mi juicio, cuando ya no sentí los vapores de la embriaguez, no pude menos de sentir cierto horror y cierto remordimiento á la vez, por el crimen que había cometido; pero este sentimiento era un tanto débil y equívoco para que torturase por mucho tiempo mi alma. Volví á mis excesos y no tardé mucho en ahogar con vino la memoria de aquel acto.

Entre tanto el desgraciado animal iba curando. Cierta que la órbita de su ojo ofrecía un aspecto horrible; mas me pareció que no sufría. Iba y venía; según costumbre, en el interior de mi casa; pero, como se debía esperar, me huía con terror visible. Aún me quedaba suficiente corazón para aflijirme con la evidente antipatía por parte de

un animal que en otro tiempo tanto me había amado. Pero este sentimiento hubo de ceder al coraje. Y entonces apareció, como fin de mi irrevocable caída, el demonio de la *Perversidad*. De este demonio, de este espíritu, la filosofía no da ninguna idea. Pero tan cierto como que el alma existe, yo creo que la perversidad es uno de los primeros impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades ó sentimientos invisibles que imprimen su dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción torpe ó vil, por la sola y única razón de que sabía que *no debía* cometerla? ¿Acaso no tenemos, á pesar de nuestro buen juicio, una perpetua inclinación á violar lo que es la *Ley* por la sencilla y única razón de que comprendemos que es la *Ley*? Este demonio de perversidad ocasionó, según decía, mi caída final.

Ese deseo ardiente, insondable, que tiene el alma de *torturarse á sí misma*, de violentar su propia naturaleza, me impulsaba á continuar y finalmente á consumir el suplicio á que yo había condenado á aquel animal inofensivo.

IV

Me latían las sienes con fuerza como si mi cabeza fuera á estallar; profunda ira me minaba con sus estragos; todo lo veía yo negro con manchas rojas que parecían manchas de sangre; y en mi frenesí de destrucción y aniquilamiento, habría querido reducir á menudo polvo, á voladoras cenizas cuanto tiene vida sobre la tierra, pero particularmente al gato, al odioso Plutón, al horrendo gato grande, negro y tuerto que parecía un trago de pesadilla.

Con cierta especie de deleite insano, estuve meditando mi crimen y revisando y pensando todos los medios que podrían conducir á la destrucción del aborrecido animal.

Deseché la idea del veneno porque aunque me halagara la perspectiva del espectáculo que se ofrecería á mi vista con la lenta y dolorosa muerte del gato, temí que mi mujer descubriera el caso y á escondidas le diese algún contraveneno que dejara ilusoriada mi venganza.

Por otra parte, consideraba que aunque siendo *yo* el que daba el veneno, *yo* sería la única y eficiente causa de la muerte y de los sufrimientos que causara, estos sufrimientos no satisfarían mi crueldad, como no la satisfaría un pistoletazo. Mi bárbaro deseo era saborear el placer de herir y que esa voluptuosidad salvaje del asesinato, se transmitiera por el puñal, desde los miembros sangrientos y palpitantes de la víctima hasta lo más profundo de mis entrañas.

Con incesantes vasos de *gin* ya en la taberna, ya en casa, avivaba yo la hoguera de mis crueles y sanguinarios pensamientos.

Un cuchillo bien filoso, mi navaja estaba muy á propósito, le dividiría el cuello poco á poco, después de haber previamente asegurado al animal en algún mueble para que no pudiera defenderse.

Pero por lentamente que se hiciera esa operación, una vez cortada cualquiera vena del cuello la muerte no tardaría en venir. ¡Mejor era encerrarme en un cuarto con él y matarlo á palos!

Y así lo resolví en definitiva.

Pero ¡qué lucha! ¡qué horrible y fatigosa lucha! Desde que recibió á traición el primer bastonazo, comprendió seguramente la suerte que le esperaba y empezó su defensa. Yo no lo había querido amarrar para que la persecución por el



cuarto hiciera mi tarea más grata y tardía. Eso me perdió.

Como disparado por el cañón de una escopeta, Plutón daba saltos vertiginosos que lo hacían llegar hasta el techo, se encaramaba en los armarios, se escurría bajo los muebles y me costaba un triunfo sacarlo de cada escondite. Sin embargo, algo había adelantado en mi horrorosa empresa, pues más de treinta veces mi palo había caído con fuerza brutal sobre la cabeza y costillas del infeliz.

Pero me había entrado el cansancio y ya era tiempo de llegar al fin. Entonces me vino una idea: ahogarlo! Hice un lazo corredizo, lo coloqué de modo que el gato cayera en él, y poco después llevaba yo á mi víctima casi arrastrándola con dirección al jardín.

Allí escojí un árbol, colgué de una rama la cuerda y el gato, y mi crimen se consumó por fin. Ya nada faltaba á mi venganza.

En la noche que siguió al día en que estuve tan cruel, fui interrumpido en mi sueño á los gritos de *¡fuego!* Los cortinajes de mi lecho ardían. La casa era víctima de un incendio. Mi mujer, un criado y yo logramos escapar de él con gran pena. La destrucción fué completa. Quedé arruinado y me entregué á una desesperación sin consuelo. Las paredes habían resistido la acción del fuego y yo lo atribuí á que habían sido frescamente renovadas. Cerca de una de ellas se reu-

nió gran muchedumbre de gente, la cual parecía examinar con grande y viva atención una de aquellas paredes. Todo el mundo exclamaba: «¡Es extraño!»... ¡cosa más singular!... añadiendo otras expresiones que llamaron mi atención de una manera irresistible. Acerquéme á los grupos y ví, semejante á un bajo relieve esculpido en una superficie blanca, la figura de un gato enorme. La figura se ofrecía á los ojos con una exactitud maravillosa. En torno al cuello, el gato llevaba una cuerda.

Al pronto, viendo esta aparición.—yo solo podía considerar aquello como una aparición—sentí una extrañeza y un terror indescriptibles. Pero la reflexión hubo de calmarme. El gato—según yo perfectamente recordaba—había sido colgado en un jardín adyacente á la casa. Al darse los gritos de alarma, ese jardín había sido invadido por la multitud y alguien, desatando el gato del árbol, lo había lanzado á mi dormitorio por una ventana abierta. Esto se habría arrojado sin más objeto que el de arrancarme al sueño. La caída de otra pared había comprimido la víctima de mi crueldad en el yeso frescamente rebozado, y éste, combinado á las llamas y al amoníaco del cadáver, había creado aquella imagen, tal como yo la veía.

Aunque yo satisficiera así mi razón—bien que no mi conciencia—el hecho que acabo de contar no por esto dejó de impresionarme hondamente.

Durante muchos meses no pude desembarazarme del fantasma de aquel gato; y durante este período se apoderó de mi alma un triste sentimiento que parecía ser, aunque no lo fuese, el mismo remordimiento. Yo casi deploaba la pérdida del gato, y buscaba en torno mío y en los sitios que frecuentaba, otro favorito de igual especie y que tuviera su mismo color y forma.

Cierta noche, sentado en un antro más que infame, mi atención hubo de fijarse en un objeto negro que permanecía en cuclillas sobre uno de los inmensos toneles de *gin*, ó de ron que componían el principal menaje. Hacía algunos minutos que miraba fijamente la cumbre de aquel tonel, y quedé sorprendido al observar que á pesar de que mis ojos estaban hacia rato fijados en él, yo no había percibido aún aquel objeto. Me acerqué á él y quise tocarlo con mi mano. Era un enorme gato, por lo menos tan grueso como Plutón que no tenía en su cuerpo un sólo pelo blanco, mientras éste llevaba una mancha larga y blanca, pero de forma indecisa, que le cubría la región del pecho.

No bien le toqué, cuando se levantó con presteza. maulló con fuerza, rozó sus miembros en mi mano y pareció contentísimo de mis caricias. Era el animal que yo buscaba. Hice al tabernero proposiciones, á fin de que me lo vendiese; pero aquel hombre no lo dió por suyo y me dijo que no sabía de quién era y que nunca lo había visto.

Seguí acariciándole, y cuando determiné volver á mi casa, ví que el animal estaba dispuesto á acompañarme. Se lo permití y hasta de cuando en cuando me bajaba hacia él para acariciarle. Cuando llegué á mi casa se encontró en ella como en la suya propia y se hizo en seguida muy amigo de mi mujer.

V.

No tardé mucho en sentir contra él una antipatía invencible. Yo no creía que así sucediese; pero no sé por qué su fiel ternura hacia mí me hastiaba y fatigaba. Este hastío, esta fatiga, se convirtieron poco á poco en un odio invencible.

Yo evitaba al gato: cierto sentimiento de vergüenza y el recuerdo de mi crueldad usada con el otro animal, me impedían maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle; después gradualmente, por modo casi insensible, terminé por mirarle con indecible horror, y por evitar su odiosa presencia como si fuera el soplo de una peste.

Lo que acrecentó mi odio al animal, fué que al día siguiente á la noche en que lo llevé á mi casa, ví que, como Plutón, carecía de un ojo. Esto sin embargo, no dió otro resultado que hacerlo más simpático á mi mujer, que según ya dije, poseía en alto grado esa ternura que en otro tiempo había formado el rasgo principal de mi carácter y el frecuente origen de mis más puros y sencillos placeres.

El cariño del gato hacia mí parecía crecer á medida que mi aversión hacia él se acrecentaba. El animal seguía mis pasos con una tenacidad que sería difícil hacerla comprender al lector. Cada vez que yo me sentaba, se acurrucaba debajo de mi silla ó bien saltaba en mis rodillas, prodigándome sus horribles caricias. Si me levantaba para andar se metía entre mis piernas haciéndome tropezar, ó bien hundía sus largas y afiladas uñas en mi vestido y se encaramaba de este modo hasta mi pecho. En estos momentos aunque yo deseaba matarle de un buen golpe, no me atrevía á ello por el recuerdo de mi primer crimen: pero más principalmente por que no podía vencer el *terror* que aquel gato me inspiraba.

Este terror era, á no dudarlo, el terror á un mal físico. No sé calificarlo de otro modo. Me avergüenzo de confesar (aún en la cárcel donde vivo encerrado), me avergüenzo de confesar que ese terror, ese horror que aquel animal me infundía, estaba acrecentado por una de las más singulares quimeras que pueden concebirse.

VI

Mi mujer, en ciertas ocasiones había llamado mi atención sobre la mancha blanca que el gato llevaba en su cuerpo y que constituía la única diferencia visible que había entre él y aquél que yo había matado. El lector sin duda recordará que esta mancha, aunque grande, se hallaba primitivamente indefinida en su forma; pero después lentamente y como por grados—por grados



imperceptibles y que mi razón se esforzó por mucho tiempo en considerar imaginarios—aquella mancha había adquirido una rigurosa limpieza de contornos.

Representaba un objeto cuyo solo nombre me estremece, (esto fué lo que más me hizo odiar á aquél monstruo, y del cual yo me hubiese librado á *atreverme á ello*) aquél objeto representaba la imagen de una cosa terrible, de una cosa espantosa: ¡*La horca!* ¡Oh! ¡qué lúgubre y repugnante máquina.....! ¡*La máquina del Horror, y del Crimen, de la Agonía y de la Muerte!*

A decir verdad, yo era el hombre más miserable que podía haber más allá del círculo de la miseria humana. Un *bruto*, una *bestia*, cuyo hermano ó semejante había destruido, un *bruto* me inspiraba á mí—hombre formado según la imagen del Todo-Poderoso—un terror tan grande, que labraba mi infortunio. ¡Ay! ¡ya no conocí más, de día ni de noche, la tranquilidad y dulzuras del reposo! De día, el gato no me dejaba ni un instante; de noche, cuando me emancipaba á mis inquietos y angustiosos sueños, sentía el aliento de aquella horrible *cosa* en mi rostro y su inmenso peso—encarnación de una horrible pesadilla que yo me sentía impotente á sacudir—gravitaba sobre mi corazón eternamente!

Bajo la presión de tormento semejante, lo poco bueno que en mí quedaba, fué perdiéndose lentamente. Yo acariciaba los más sombríos y terribles pensamientos. Mi tristeza habitual se convirtió en odio á todas las cosas y hasta á la humanidad entera. A pesar de esto mi mujer no se quejaba. ¡Ay! la desgraciada era mi paño de lágrima,

mas, la paciente víctima de las frecuentes, repentinamente é indomables explosiones de una furia, á la cual yo me abandoné de un modo ciego.

VII

Un día, para no sé que tarea doméstica, mi infeliz esposa me acompañó á la bodega de una vieja casa donde nos había relegado la miseria. El gato me seguía, bajando lentamente la lisa y húmeda escalera. De pronto dió un brinco y saltó por encima de mi cabeza. Esto me sacó de tino. Cogí una hacha y olvidando en mi coraje el miedo pueril que hasta entonces me había contenido, dirigí al gato un golpe que hubiese sido mortal, si la mano de mi mujer no me hubiese detenido. La intervención de mi esposa acrecentó mi furia: perdida la cabeza, sacudí mi brazo, que mi mujer detenía con el suyo y hundí el hacha en su cráneo. La pobre cayó muerta á mis piés sin exhalar un gemido.

Realizado tan espantoso crimen, me dispuse deliberada é inmediatamente á ocultar el cuerpo. Ví que no lo podía hacer desaparecer demi casa, ya fuese de día ya de noche, sin correr el riesgo de queme descubrieran los vecinos. En mi espíritu cruzaron mil proyectos. Se me ocurrió por un momento la idea de cortar el cadáver en pequeños trozos y destruirlos por medio del fuego.

Después quise enterrarle en una fosa que se podía abrir en el pavimento de la cueva.

Luego pensé embalarla en una caja como si fuese una mercancía y hacerla sacar por un mozo de cordel fuera de aquella casa.

Por fin opté por un medio que yo consideré el mejor de todos: resolví emparedarla en la bodega, al modo como los frailes de la edad media emparedaban—según se dice—á sus víctimas.

La cueva para ello estaba muy bien dispuesta. Sus paredes se hallaban construidas muy flojamente y habían sido rebizadas no hacía mucho con cal, que no había permitido endurecer la humedad de la atmósfera. En una de aquellas paredes había un sitio algo saliente que en otro tiempo debía haber sido una chimenea, pero que se había relleno y blanqueado como el resto de la bodega. Ví que no sería difícil quitar de allí los ladrillos, introducir el cuerpo en aquel sitio y volverlo á cubrir de forma que nadie pudiera sospechar que allí se ocultaba un cadáver.

VII.

No me engañé en mi cálculo. Gracias á una escarpicia no me fué difícil quitar de allí los ladrillos, y metiendo con cuidado el cuerpo de mi mujer en aquel hueco, le sostuve en posición vertical hasta que mi obra de albañilería quedó por completo terminada. Luego preparé con cal y arena, un mortero que fuese igual al de las otras paredes y rebocé con él los ladrillos. Cuando hube concluido, ví con satisfacción que todo quedaba perfectamente. La pared no había dejado ni una huella de haber sido reconstruida. Barrí el pavimento, y en seguida, mirando triunfalmente alrededor mío, dije para mí sayo: "¡Aquí no habré perdido cuando menos mi trabajo!"

Lo primero que hice fué buscar al gato, que

había sido el principal autor de aquel crimen, pues me hallaba resuelto á matarlo; pero el muy pícaro, alarmado tal vez por mi coraje, había tenido la precaución de fugarse. Así por lo menos yo lo creía. No es posible describir la honda, la agradable sensación que yo experimenté al ver que no se hallaba ya en mi presencia aquel animal detestable. No le ví tampoco durante toda la noche, y aquella, desde que entró en mi casa, fué la primera en que dormí algo tranquilo, si bien con el peso del reciente crimen en el alma.

Corrieron tres días más, y esto sin embargo, el gato, mi horrible verdugo, no se ofreció á mis ojos. Volví á respirar como el hombre que se siente libre. ¡El monstruo, en su terror, había dejado mi casa para siempre! ¡Ya no le vería más! ¡Mi felicidad era suprema! La criminalidad de mi última acción no me inquietaba mucho. La policía había hecho investigaciones; pero no había descubierto lo más mínimo. Consideré mi dicha asegurada.

Dichas investigaciones, como siempre, tuvieron su origen en la chismografía de la vecindad. Alguien creyó verme salir preocupado, luego extrañó no oír la voz de mi mujer y atando cabos nació la sospecha de un crimen.

Cuando llegó la policía me encontré sereno y prevenido. Hablé con mucha seguridad de un viaje inesperado cuya dirección yo mismo ignoraba, y relaté en fin toda una historia que, aunque incoherente, coja y falta de verosimilitud, fué creída seguramente por la cínica naturalidad con que la presenté, y por lo bien que supe representar mi vil comedia.

Luego pensé lo conveniente que me sería huir á un país extranjero ó por lo menos á otra población, puesto que, si no, tarde ó temprano se descubriría mi delito.

Pero le tenía yo mucho amor á la taberna cercana; en mi casa misma no me faltaban algunos

toneles de *gin*, y eso me detenía haciéndome ver como ilusorio todo peligro.

Por eso me quedé cada momento más tranquilo y feliz de no ver ni al gato mi eterno verdugo, ni á mi pobre mujer que me martirizaba impiamente con su eterna, dulce y bondadosa resignación.

VIII.

Al cuarto día después del asesinato, algunos polizontes invadían repentinamente mi casa é hicieron nuevas pesquisas. Fiando sin embargo en la impenetrabilidad del sitio donde se ocultaba el cadáver, yo me mantuve sereno. Los agentes me invitaron á que los acompañara á su registro. Nada dejaron por explorar. Por fin bajaron por tercera ó cuarta vez á la cueva. No se estremeció ni uno de mis músculos. Mi corazón latía lentamente como el del hombre que duerme el sueño de la inocencia. Yo estaba en la bodega con los brazos cruzados y me paseaba lleno de confianza.

El júbilo que sentía era demasiado fuerte para que pudiese contenerlo. Ardía por soltar cuando menos una frase á guisa de triunfo y con el deseo de hacer más palpable mi inocencia.

—Caballeros, dije á los polizontes cuando subían ya á la escalera: celebro el que no tengais ya sospechas. A todos os deseo salud y alguna mayor cortesía. Sea dicho al despedirnos, caballeros; mas es lo cierto que esta casa se halla perfectamente construida.

Y en mi deseo de decir algo que apareciese bien dicho, pero sin saber realmente lo que me decía, proseguí:

—Sí; es una casa *admirablemente* construida. Ved esas paredes: ¡cómo! . . . ¿ya os marchais, señores? ¡Ved esas paredes cuán sólidas están!

Y aquí, por vía de frenético desafío, herí con mi bastón la parte de la chimenea, tras la cual estaba emparedado el cadáver de mi esposa.

¡Cielo santo! ¡Que Dios me proteja y me libre de las garras del diablo! No bien el eco de mis golpes resonó en el silencio de la bodega, cuando una voz respondió desde el fondo de aquella tumba! Era una voz primeramente velada, entrecortada, parecida al sollozo de un niño, pero luego se convirtió en un grito prolongado, sonoro, continuo, anormal, y, por decirlo así, anti humano. Era un rugido, un quejido que podía indicar el horror como el triunfo: algo que solo podía brotar del infierno; una terrible armonía saliendo á un mismo tiempo de la garganta de los condenados á las satánicas torturas y de las risotadas de los diablos!

Sería una locura el describir lo que yo pensé y sentí en aquel instante. Vacilé sobre mis pies y me apoyé en la pared. Durante un momento los agentes permanecieron inmóviles, estupefactos; llenos de miedo y de terror. Pasado un instante, dos robustos brazos se precipitaban en la pared de la chimenea. Esta cayó de un golpe. El cadáver de mi esposa, ya descompuesto y manchado de sangre coagulada, se mantenía en pie en frente de nosotros. Encima de su cabeza, con su boca dilatada y su único ojo echando llamas, se veía la terrible bestia que me había inducido al asesinato, y cuya voz reveladora acababa de entregarme al verdugo. Yo había emparedado también al horrible monstruo en la tumba!

Detalle horroroso.—Acaban de notificarme mi sentencia de muerte, y debo morir ahorcado. En toda mi causa no hablé una sola vez del gato origen de todas mis desdichas, y sin embargo, en la carátula del expediente algún escribano ocioso había dibujado á pluma un gato negro al cual ¡le faltaba un ojo!

LIBRO DE MIREYA

PORTADA

¿Donde están mis estrofas, las infieles, que en vez de amarga hiel y acres resabios, pusieran en el alma y en los labios la divina dulzura de sus mieles?

Hoy, en forma de lúgubres rondeles, los versos, más pulidos y más sabios, son la expresión de mi odio y mis agravios, y hablan de cosas tristes y crueles.

Y en vano busco Se apagó la luna de mis noches, ya no hay melancolía en mi espíritu; y vuelco ante tu bruna

Mirada, el verso—el ánfora vacía— con el afán de que resbale una

postrer gota de amor y poesía !

LUIS G. URBINA.

THANATOPSIS

(TRADUCCION DE BRYANT)

Para el mortal que reverente admira
La creación, á su visible forma
El entusiasta corazón uniendo
Con vínculos de amor, vario lenguaje
Natur'a emplea. En horas de alegría
Ecos le brinda de ventura y gozo,
Y en las amargas horas
Que emponzoña la fúnebre tristeza,
Blandamente en el ánima insinúa
De su doliente amigo
Una voz melancólica, suave,
Que, la profunda agitación calmando,
En corriente apacible sus ideas
Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
De los instantes últimos del hombre
En tu agobiado espíritu cayere,
Como la escarcha en débil florecilla;
Y el sombrío ataúd, y la agonía
Congojosa, y el hórrido sepulcro
En negra perspectiva te amanecen,
Y temblando de horror ya desfallezcas,
Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
Pabellón de los cielos, y allí escucha
La misteriosa voz que se desprende
De la tierra y las aguas, del abismo
De los aires sin fin.

En breve plazo

(Dirá la voz oculta) el sol radiante
Que alumbra todo en su triunfal carrera,
Ya no te alumbrará: bajo el helado
Terruño en que tu forma se escondiere
Por pocos años, ó en la mar salobre
Que un momento la abrigue, al fin tu imagen
Se perderá también. La madre tierra
Que alimentó tu vida, sus derechos
Reclamará, los elementos mismos
Con que el ser material te dió en el mundo
Volverán á su seno; y ya perdida
Tu identidad, con el peñasco rudo,
O el terrón insensible que el labriego
Pisa y rompe tal vez con el arado,

Se irán á confundir. La añosa encina
Con su bronca raíz irá esparciendo
El vano polvo en que estribó tu hechura.
Mas no sin numerosa compañía

Al vasto lecho de eternal reposo
Descenderás, ni un tálamo más regio
Pudieras concebir. En el descanso
Lograrás en unión de los patriarcas
De la edad primitiva, de los reyes
Y grandes de la tierra, de los sabios
Los héroes que los hombres divinizan.
Y las beldades que su pecho encienden;
Los poderosos y los buenos, todos
En un sepulcro inmenso confundidos
Los montes de granítico esqueleto
Antiguos como el sol; los anchos valles
Que yacen pensativos á su falda;

Los bosques venerandos, lentos ríos
Que afluyen majestuosos; arroyuelos
Triscando leves por el verde prado
Que esmalten flores mil; y en torno suyo
Derramado, infinito allá en la bruma,
Del hondo mar el lúgubre desierto—
He aquí la gran decoración, el cuadro
Solemne; inspirador de nuestra tumba,
El astro cuya luz engendra el día,
Los luceros que brillan en la noche,
Clara hueste sin número del cielo,
Ardiendo están cual fúnebres antorchas
En los vastos dominios de la Muerte
Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.

¿Qué son sino un puñado,
Qué son los que se agitan en la tierra,
Al lado de las tribus incontables
Que duermen en su seno? A la mañana
Pedid sus alas de oro, y vuestra mente
Vuele atrevida al arenal cruzado
De Barca, ó bien divague en las florestas
Que baña el Oregón, rumor ninguno
Escuchando, á no ser el de sus ondas,
Y allí, en aquellos páramos, los muertos
También encontraréis; miles, millones,
En esas hoy profundas soledades,
De edad remota entre la opaca niebla,
Cansados de vivir la sien doblaron
Al sueño entenebrido y sin memoria
Que duermen todavía. Los difuntos
Allí ocultan su reino solitario,
Y allí reposan. A tu vez inmóvil
Con ellos dormirás, de los vivientes
Silencioso alejándote (¿quién sabe
Si aún falto de un amigo que te lllore?)
Y todo cuanto alienta, cuanto vive
Al fin se te unirá. Los venturosos
Continuarán su risa cuando mueras,
Los míseros su llanto, cada uno
Corriendo seguirá tras el fantasma
Favorito; á su torno empero todos,
La ilusión ó el capricho abandonando,
Contigo irán para ocupar su lecho.

En larga procesión los canos siglos
Pasarán, y los hijos de los hombres—
El jóven de la vida en la mañana,
El que toca el zenit de la existencia,
Doncellas y matronas, tierno infante,
O ya caduco y tembloroso anciano,
Sin faltar uno solo,

Tendidos á tu lado, iránse viendo
Por otros y otros más que al fin sucumban.
"Vive, pues, de tal modo que al llamarte
Dios á seguir la caravana inmensa
Que va incesante al reino de las sombras,
Donde cada viajero encuentra lista
Su alcoba en los palacios de la muerte,
No llegues; ay! cual llega á su mazmorra
De noche, por el cómitre azotado,
Criminal infeliz. . . . Y en calma, erguido,
De la esperanza con el dulce apoyo,
Desciendas á la tumba cual se mira
Rendido labrador que llega ufano
A su lecho, tranquilo en él se arropa,
Y duérmese al instante
Olvidado entre plácidos ensueños.

IGNACIO MARISCAL

¡STELLA MIA!

Estrella de mi amor, blanca y divina
Desde ese cielo ideal que te recata
Mándame un rayo de tu luz de plata,
Mírame, y mis nostalgias ilumina.

Estoy triste; mi espíritu declina;
Mano extraña las flores arrebatada
Del corazón, que aunque en silencio lata,
Siente el hierro que oculto lo asesina.

No me niegues tu luz que es mi tesoro
¡Estrella de mi amor, estrella mía!
Brillas desde muy alto, y yo te adoro!

No tardes más, asoma, y de alegría
Se bañe el alma: tu piedad imploro.
¡No retardes más tiempo mi agonía!

VICENTE ACOSTA.

LEJOS

Apoyado en el mármol de un sepulcro,
La sien febril sobre las manos yertas,
Abandonado y triste
Me halló la noche tétrica.
Vagado había, solo,
Por entre las hileras
De los fúnebres lechos en que duermen
Los que jamás despiertan.

Allí había visto,
Arrodillada ante una cruz de piedra
Una mujer. Y vi caer sus lágrimas
Cuando, apartando algunas flores secas,
Dejó sobre la tumba
Otras, recién abiertas.

Y pensé:—"Es una madre; el hijo ausente.
Quizá al morir no tenga
Quien lleve á su ignorada sepultura
¡Ay! una flor siquiera!"

Entonces mis pupilas se llenaron
De lágrimas acerbas.
Y apoyado en el mármol de un sepulcro,
La sien febril sobre las manos yertas,
Abandonado y triste
Me halló la noche tétrica.

ISAÍAS GAMBOA.

PAGINAS DE LA MODA



BLUSA PARA LA CALLE

TRAJE DE BICOLOR

TRAJE DE LANA

LA MODA EN NUEVA YORK

La falda, por tanto tiempo relegada á un puesto secundario, se presenta de nuevo como resuelta á monopolizar la atención. La graciosa falda ceñida, con brillantes diseños, ha estado ya en boga en los trajes de día, y no queda duda de que los ricos delanteles que tan de moda estuvieron en el invierno, reaparecerán en los trajes de la tarde. De que está á punto de comenzar el reinado del fleco es una de las declaraciones positivas venidas del centro de todo lo *fashionable* y ya no es tiempo de protestar contra ella. Así, pues, los vestidos para el verano podrán llevar flecos ó velos desde la cintura hasta la cabeza, ó desde el ribete hasta cualquier punto intermedio que le convenga á la moda ó al capricho de la persona, con la mayor confianza en el resultado. Habrá, de consiguiente, flecos ojeteados, velos de cinta, velos guarnecidos con hileras graduadas de cintas de terciopelo con encaje ó pasamanería; velos ribeteados con hileras de listoncillo y pequeñitos *ruches de chiffon*, y flecos con dobles sencillos, según sea el material; pero el fleco en alguna forma es inevitable.

Viene una nueva declaración: que la blusa ya está fuera de lugar, y todos los trajes han de ser ceñidos, con la sola excepción de una ligera amplitud en el

frente. Aunque se haya dispuesto en Paris, Nueva York no le da entero cumplimiento, y está por ver si los trajes de verano llevarán blusa ó no. No obstante, los últimos corpiños dejan ver la forma atrás y debajo de los brazos. Las mangas de los vestidos para de día se inclinan á llevar ricos adornos, muy comúnmente los mismos del vestido ya sean bordado, appliqué galón de acero ó de oro, ó pasamanería con azabache. Flecos dobles ó triples desde la charretera, á no ser que se prefiera un pequeño buche, y para los materiales lijeros no hay duda que estas charreteras formarán un adorno conspicuo en el corpiño. Han vuelto á aparecer las fajas, siendo éstas de cinta, chiffon, muselina de seda con extremidades dobladilladas, y crespón de China. Las nuevas chaquetas de primavera en tonos claros tienen todavía el cuello alto y hermosos diseños trenzados. El forro de seda ó raso es crema ó de algún color que forme contraste. Las mangas no presentan diferencia en el corte, si bien están ligeramente infladas en el hombro como antes. Pocas de las chaquetas nuevas son ceñidas, teniendo generalmente el frente medio flojo, ó hecho enteramente en forma de saco.

Para el verano se usa el olán batista adornado con velos bordados é inserciones de raso. El heliotropo en todos los tonos imaginables se nota entre los colores nuevos. Uno de los recientes diseños para abrigos

de primavera es de la forma de medio pañuelo de terciopelo de color, y cubierto con encaje de Venecia. Está guarnicionado con un velo y *ruche de chiffon*, y tiene el cuello alto de moda.

Los materiales que se usan para corpiños son *cheviots*, piqué de color, géneros de algodón y de lino, percales, cambray, madrás, etc. Las mangas son más pequeñas que las del año pasado, y tienen puños pegados, la mayor parte de ellas. Los frentes de las camisas están algo inflados, y los recogidos se extienden al hombro en lugar de estar todos directamente en el frente.

Los sombreros con ala de sauz estarán muy de moda. Las violetas blancas se usan mucho para adornarlos, y todo promete que el color blanco será muy preferido. Tocas bajas, anchas y redondas de paja, de raso, con una pluma de mediana longitud, formando curva alta á un lado, y una profusión de violetas ó de plumas son de última moda en Paris.

Plumas de avestruz color de rosa, verdes ó azules, rociadas de plata, son un bello adorno de cabeza en la noche.

Para el cuello, los nudos de marinero hechos de seda, con los extremos anchos, generalmente adornados con velos pequeños

CALZONCILLOS SWEATER

Estos calzoncillos son verdaderamente cómodos para el sport, de cada lado de las bolsas está abotonado con cuatro botones.

La parte inferior de la pierna es angosta. La camiseta es también sweater. El cuello es de color y va abotonada en el hombro izquierdo, los puños son del color del cuello y angostos.

SOMBRERO, CORBATA, CUEILOS, BOTAS Y POLAINAS PARA SPORT.

La corbata que se usa para el sport es de seda y larga

El sombrero es de fieltro, la copa alta y al rededor lleva un listón y sobre el lado izquierdo tiene un aigrette de plumas y un moño de listón. La ala es ancha y un poco levantada.

El cuello es volteado puede hacerse ancho ó angosto, y también un poco abierto ó enteramente cerrado.

La parte alta de esta bota es género y la parte inferior puede hacerse de cabra ó de charol.

La polaina es de género de lino y va abrochada con nueve hebillas.

SOMBREROS DE PRIMAVERA

Se va el fieltro que tantas formas y novedades trajo en este invierno y empiezan á verse los sombreros y toquetas de primavera, de las formas más graciosas y ligeras. Ofrecemos á nuestras lectoras tres modelos de la más encandora novedad.

Núm. 1. Una delicada toca de terciopelo negro sin más adorno que una gran aplicación de rosas, levantadas hacia la derecha y tendidas sobre todo el cuerpo posterior de la toca. Un gran penacho formado en tres lazos del mismo terciopelo y detenido en su base por un broche de strass, completa el adorno.

Núm. 2. Pequeño sombrero de paja negra de la más hermosa factura. Copa cilíndrica de ligera altura y falda anterior levantada. De ella parten hacia adentro y hacia fuera cuatro plumas — á elección, — encerrándose graciosamente, y sobre los rizos de la frente, un gran apicado de muselina de seda blanca, chifoneada presta un novedoso atractivo al sombrero.

Núm. 3. Un sombrero de paja blanca, redondo, de alta copa cilíndrica cubierta por una tira de muselina de seda sobre la cual hay grandes

aplicaciones de espigas, hojas y rosas que hacia atrás se levantan en florido penacho, del más hermoso efecto.

TRAJE DE RECEPCION PARA PRIMAVERA.

Es de tafetán figurado, paja y blanco, con falda lisa y sobre falda ribeteada de muselina de seda amarilla. El cuerpo es una blusa angosta, ajustada, que se ciñe con anchocinturón bordado.

Peto de drapería de seda. Mangas terminadas por aplicaciones de muselina de seda amarilla. La toqueta es de la misma seda que el traje,



BLUSA DE TAFETAN

NUESTROS GRABADOS

BLUSA DE TAFETÁN

Es lisa y sencilla salvo en el frente, que forma un hermoso tablero alternado de tafetán acordeón y rombos bordados y ribeteado de volantes del propio tafetán, que forman varios adornos diversos en forma y del mejor gusto. Mariposillas en el hombro y dos hojas bordadas sobre el carrujado haciendo las alas inferiores de la corbata, cuyas alas superiores son de tafetán liso

Cinturón de tafetán liso también, de la más sencilla forma.

TRAJE PARA LA CALLE.

Este traje es de seda, el corpiño abrochado á un lado, y lleva tres botones grandes.

El cuello es ancho de encaje y cae como cuello marino.

La manga es angosta y en la parte inferior, tiene dos vueltas de listón y una de encaje.

En el talle abrocha con dos botones grandes.

La falda es sencilla, y en cada lado del delantero lleva dos tiras de encaje, como lo indica el grabado.

TOILETTE PARA BAILE.

Esta toilette es de velo con motas, el corpiño está plegado en el talle y en la parte superior está también plegado y termina en el centro en punta.

El cuello es alto y en la parte de atrás lleva un moño del mismo género

La manga es enteramente corta. La falda bordada en la parte inferior y la falda interior es de seda blanca como lo indica el grabado.

BLUSA PARA SEÑORA.

Esta blusa es sencilla, y es hecha de género de lana delgada.

En la parte de atrás lleva una Bertta que cae en punta, y la blusa va suelta con alforzas. El delantero está plegado al cuello y enteramente suelto y es verdaderamente cómoda para las señoras en estado interesante.

MACETA DE MADERA.

Esta maceta es de madera, tiene la forma de una soper, tiene una asa de cada lado y al rededor está pintada, de un ramo de rosas y puede hacerse diferentes dibujos.



TRAJE PARA LA CALLE

TOILETTE PARA BAILE

BLUSA PARA SEÑORA

con adornos también de muselina de seda y gran pluma de pavo.

BLUSA PARA LA CALLE.

Esta blusa es verdaderamente elegante y sencilla, por detrás es entallada y el delantero forma una pechera. De cada lado tiene dos vueltas de olanes fruncidos con tres vueltas plegadas.

El cuello es alto y tiene un olán de encaje figurando el cuello médisis.

La manga es angosta y plegada. En la parte superior tiene un globo, que forma moño y tiene cuatro vueltas de fruncidos, cayendo en punta. El olán es del mismo género como lo representa el grabado.

TRAJE DE BICOLOR.

El traje de que vamos á hablar es de bicolor, el corpiño en la parte de atrás es color gris y figura paletot. En la parte delantera forma un chaleco bordado de género escocés y abotonado con cinco patitas y un botón de cada lado.

El cuello es alto y plegado. En la parte de atrás lleva una roseta de listón.

El cinturón es del mismo género y tiene un moño de este mismo género, como lo representa el grabado.

TRAJE DE LANA.

El traje á que vamos á referirnos es de un paño delgado, y está hecho estilo sastrer. En la parte delantera tiene tres vueltas de cinta negra del ancho de un centímetro.

La manga es ancha en la parte superior, angosta en la inferior y lleva un puño que volteja para encima.

El cuello es alto, y también está adornado con una vuelta de cinta

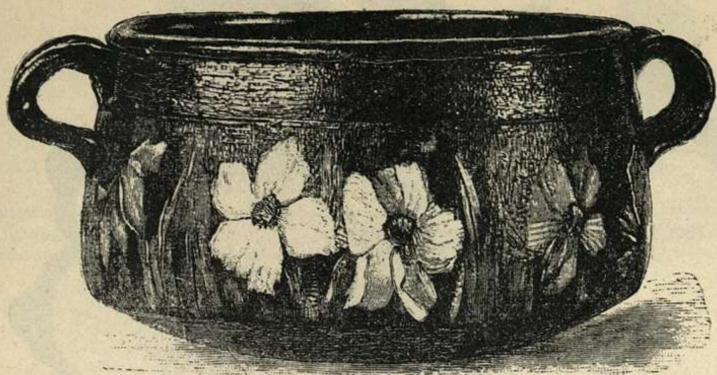
La falda es enteramente sencilla como lo indica el grabado.

EMBUTIDO DE HILO

Este embutido es hecho de hilo crudo, y sirve para sobre cama poniendo una tira de seda roja ú otro color, y se ve muy elegante en una cama.

CUBIERTA PARA MESA.

Esta cubierta es de etámina y está bordada con lilas seda, puede servir para cojín de sala ó para sofá.



MACETA DE MADERA

CUBIERTA DE GANCHO

Esta cubierta es de gancho. En el centro figura del mismo tejido una cruz, y al rededor tiene un encaje hecho de gancho. Los lados van cuadrados y á la orilla de éste, está bordado y adornado de una espiguilla de minlasdi, como lo representa el grabado.

CUBIERTA PARA MESA.

Esta cubierta es de género de seda y está bordada de hilos de seda. A la orilla está bordada con puntada de ojal.

CUBIERTA PARA COJINES

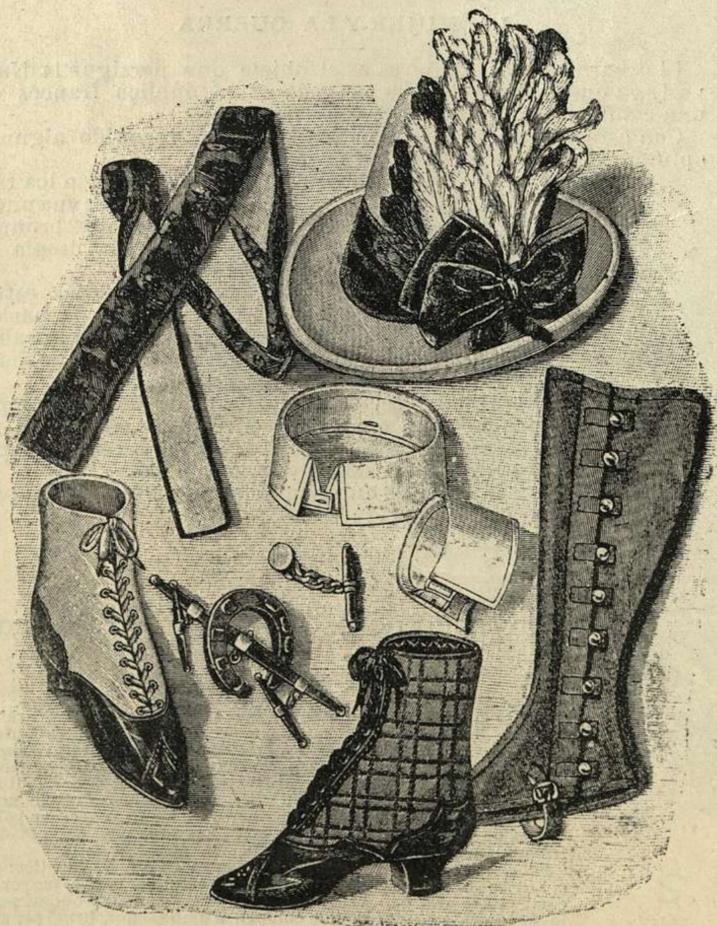
Este sobrecojin es de seda y está bordado con pensamientos de hilos de seda. Estos pensamientos están tan realizados, que parecen naturales.

SACHET PARA CAFETERA.

Este sachet es de gancho, de hilo muy grueso, de cada lado se le deja una abertura, para que sobresalga el puño y el tubo de la cafetera, en la parte superior esta recojido por una jareta de listón que termina en un moño.



CALZONCILLOS SWEATER



SOMBRETO, CORBATA, CUELLOS, BOTAS Y POLAINAS PARA SPORT



SOMBREROS DE PRIMAVERA.

CONVERSACIONES DEL DOCTOR

EL AIRE SECO EN LAS HABITACIONES.

Desde que el Doctor Henry Barnes publicó, hace unos cuantos meses, su método para proporcionar humedad á la atmósfera de las casas particulares y de otros edificios, se ha empezado á discutir con tan vivo interés la cuestión de respirar aire bueno y puro en lugar del aire viciado y descompuesto, que esta discusión pone de manifiesto que la importancia de aquel método empieza á germinar en el ánimo del público, para su beneficio. Recordaráse que el invento

dos más uniformes que el uso de depósitos porosos de barro llenos de agua, suspendidos sobre los registros de los caloríferos, ó que las esponjas mojadas, ó vasijas planas provistas de agua y colocadas poco más ó menos cerca de las estufas ó caloríferos de vapor, ó de cualquiera otra clase. Los resultados del sistema del Dr. Barnes están reconocidos también como más uniformes que los que se producen por permitir el libre escape del

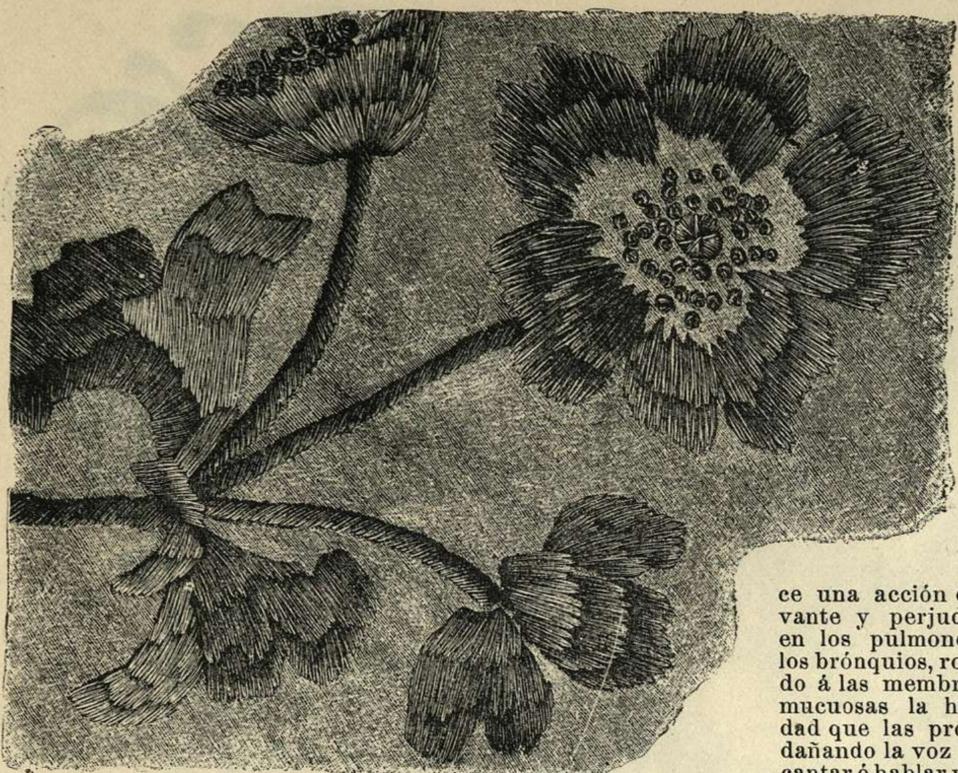


SACHET PARA CAFETERA.

del Dr. Barnes consiste en un tinaco de fierro que contiene como unos doce litros de agua, sobre el cual tinaco se extienden suspendidas varias hojas de género de fieltro con el extremo sumergido en el líquido. La corriente de aire que pasa por entre estas hojas conduce y esparce la humedad por todo el aposento. Asegúrase que este procedimiento ofrece resulta-



TRAJE DE RECEPCION PARA PRIMAVERA



CUBIERTA PARA COJINES

vapor del calentador ó del caldero común de cocina, en cuyos últimos ca-os se imparte á la atmósfera una cantidad excesiva de humedad.

No es un hecho generalmente conocido que, al paso que la humedad media del aire afuera es, en invierno, de un 60 á 80 por ciento, y, digamos, de un 44 á un 54 por ciento en los ciimas secos tales como Arizona y Nuevo México, nosotros vivimos y respiramos, en el interior de nuestras casas en invierno, en una temperatura que con sobrada frecuencia no contiene más humedad que la que se puede encontrar en uno de los hornos para secar madera artificialmente. Se ha calculado, con exactitud casi precisa, que mientras el aire en su constitución normal al exterior, durante el invierno, tiene una humedad media relativa de un 71 por ciento, el aire calentado artificialmente en nuestros hogares tiene solamente, por término medio un 31 por ciento de humedad. El efecto de esto, es, en primer lugar, que los moradores de tales casas se sienten naturalmente con más frío del que en realidad deberían experimentar. Un viajero en Oriente nos asegura que en un día caluroso, cuando el termómetro acusaba casi 100 grados, ha experimentado, por sí mismo, que el aire era tan excesivamente frío en el desierto de Arabia que hacía temblar á todo el mundo, debido este fenómeno á la carencia de humedad en él. El más ligero movimiento del aire, para dar ventilación, en semejantes condiciones de humedad relativa, tiene que hacer sentir un efecto de frío muy marcado y no es extraño, por lo mismo, el sentir una intensa corriente fría en el interior de nuestras casas en el invierno. Ahora puede comprenderse con claridad que no es de atribuirse solamente al aire caliente y seco de las habitaciones, el mal color de muchas gentes, pues además de hacer que el cutis aparezca ajado, descompuesto y envejecido, el principal perjuicio del aire caliente y seco que se mantiene en muchas casas, es que produ-

ce una acción enervante y perjudicial en los pulmones y los brónquios, robando á las membranas mucosas la humedad que las protege, dañando la voz para cantar ó hablar y preparando también el terreno más favorable para el desarrollo

de las enfermedades infecciosas y de las afecciones catarrales.

Afirmase en un informe sobre ventilación de la casa de los Lores, Londres, que, «cuando se producía una evaporación de agua en el aire en una cantidad de unos setenta galones en cada sesión, se observaba que la tos disminuía muchísimo entre los miembros del Parlamento.»

Recientemente se han presentado los planos y modelos de una planta, ó maquinaria completa, productora de humedad, que se ha erigido en un gran edificio telefónico de Boston. Informa el ingeniero del edificio que como consecuencia inmediata de enviar á la atmósfera de la Bolsa un término medio de 675 galones de agua en diez horas, la tos, los resfriados y las demás afecciones pulmonares y de la garganta han disminuido considerablemen-



CUBIERTA PARA MESA

te entre las señoritas empleadas en el salón de los cambios, y que, manteniendo una humedad media no menos que de un 53 por ciento en el aire del edificio, puede hacer ahora verdaderamente cómodos y agradables, sin subir la temperatura, los departamentos que sin la hidrografía artificial eran perfectamente desagradables por lo frío.

Cree el Dr. Wynn que el sentido común del pueblo americano efectuará bien pronto una reforma completa y nacional en la nécia costumbre de calentar y secar fuera de medida el aire de las casas habitaciones en el invierno. El resultado de esto no puede dejar de ser el que crezca y se desarrolle una nueva generación, que se distinga por la frescura del cutis, por su fuerza y energía y que será menos susceptible al frío, á los resfriados y á tantas enfermedades de los órganos respiratorios que, una calefacción immoderada y un aire poco higiénico, como resultado de ésta, han hecho que entren y se mantengan en boga.

LA MUJER Y LA GUERRA

El desarme por las mujeres es el objeto que persigue la Nueva Liga que M. Julio Bois ha presentado al público francés en una conferencia que ha dado recientemente.

Con este motivo, un periódico parisiense ha recogido algunas opiniones femeninas que no carecen de interés.

La princesa Wizniewska está llena de fé en los trabajos de la Nueva Liga. El desarme, dice, es una puerta abierta sobre el siglo próximo. A los que pronuncian la palabra utopía, contesta ella, que la utopía es ordinariamente la verdad vista de lejos.

Mad. Flamarión, cuyo esposo vive entre las estrellas, ha declarado que la guerra representa la barbarie, y la fuerza no ha formado jamás nada durable. Grecia, añade, es más grande en la historia que todos los bárbaros que han querido aniquilarla.

Una iglesia recomienda entre los medios de propaganda, una recomendación eficaz á las madres de familia para quitar de la caja de los juguetes los kepís las escopetas, los sables y las trompetas.

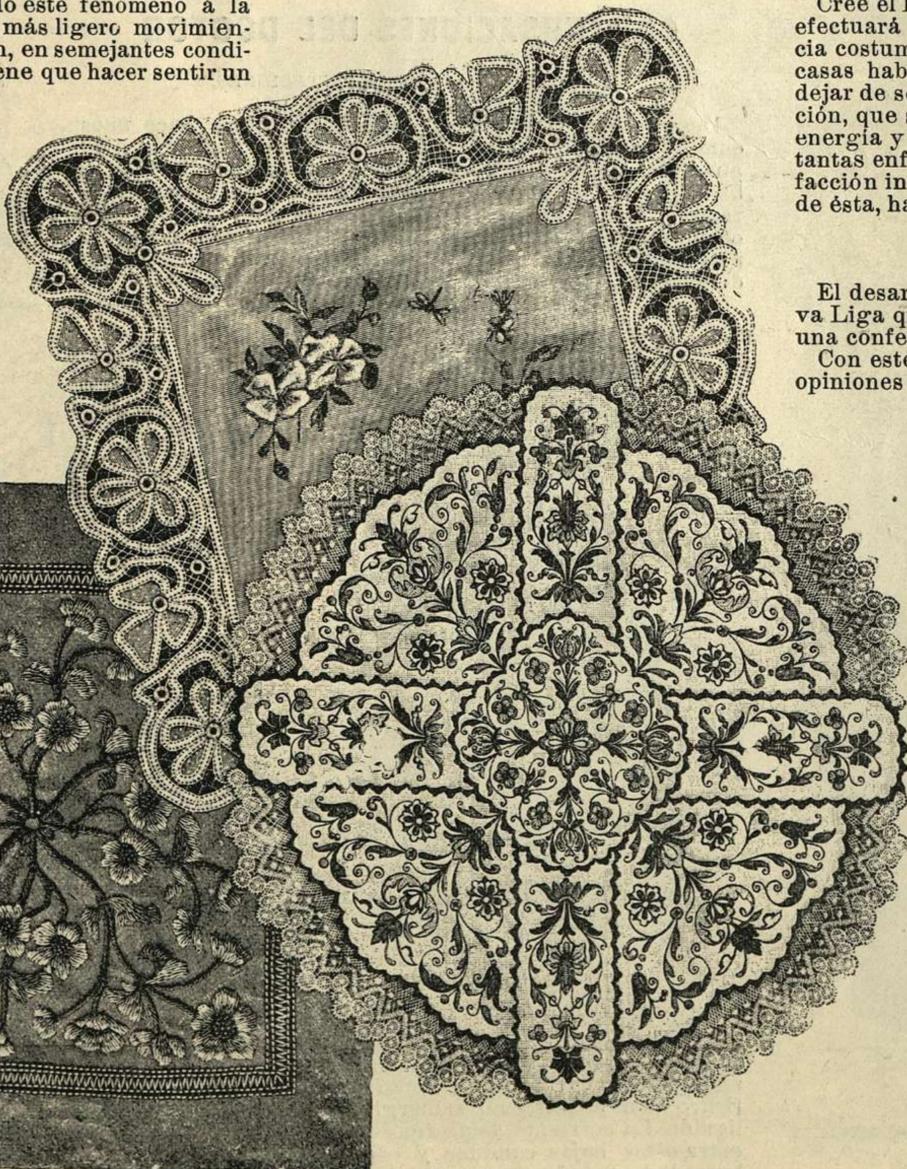
Por lo visto, se quiere que las pequeñas causas produzcan grandes efectos.

Otro pago de \$20,000 de "La Mutua"

EN LA PIEDAD

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company of New York" la suma de [\$20,000.00] veinte mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 774 457 bajo la cual estuvo asegurado nuestro padre el Sr. D. Manuel Silva y para la debida constancia, en nuestro carácter de beneficiario y de tutor de mi menor hermano Vicente Silva Rodríguez, también beneficiario, nombrados en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en la Piedad, Michoacán, á doce de Febrero de 1898.—M. Silva Rodríguez.

Ponciano Saavedra, Escribano Público en ejercicio. Certifico: que el Sr. Manuel Silva Rodríguez de esta vecindad, célibe, mayor de edad, propietario con capacidad legal para contraer y obligarse, de lo cual doy fé así como de que conozco á dicho señor, firmó por ante mí el recibo que antecede, mediante el cual quedá cancelada por virtud del pago, la presente póliza. Para constancia extiendo el presente en la Piedad Cabadas á [12] doce de Febrero de (1898) mil ochocientos noventa y ocho.—Doy fé. P. Saavedra.



CUBIERTA PARA MESA

CUBIERTA DE GANCHO